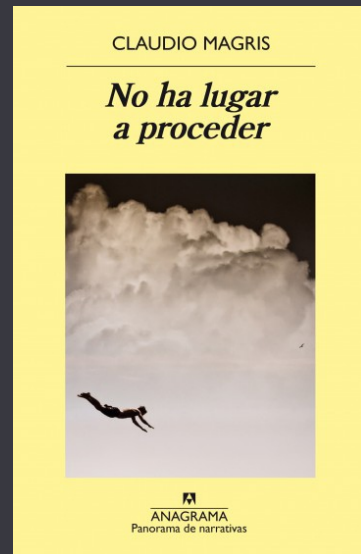




Visita

al territorio de
**Claudio
Magris**



Submarinos usados: compro y vendo. El anuncio en el *Piccolo Banditore* era del 26 de octubre de 1963; evidentemente él —empujado por las deudas, olfateando promesas millonarias de varias administraciones públicas e incluso de ministerios, estrangulado por los usureros, perseguido por los propietarios de terrenos y de los hangares donde había acomodado sus aeroplanos y sus puentes militares bombardeados— se había visto obligado a poner en venta alguna reliquia de considerables dimensiones, pero, en el preciso momento en que se disponía a vender, sus Furias se habían adueñado de él y había intentado también comprar —no se sabe con qué dinero, pero comprar en cualquier caso— sumergibles, Panzer o dragaminas.

Podía ser el comienzo; la antecámara del Museo, nada más entrar. En la pared de frente al acceso, una gran pantalla negra encrespada por un temblor difuso, un rumor de agua al fondo; su cara aparece en aquella oscuridad, una fotografía de principios de los años setenta. Cabeza que emerge de las aguas negras, ojos febriles, pícaros; líneas de sudor, gotas de agua recorren los pómulos panonios. En medio de la sala, el submarino, un U-Boot de la Marina Imperial de la Primera Guerra Mundial, comprado o adquirido quién sabe cómo. Submarinos usados: compro y vendo. Voz pomposa, insinuante. Reconstruida, con una hábil elaboración de varias grabaciones radiofónicas de Radio Trieste. Un inocuo aviso económico que se convierte, gracias a la reconstrucción de la voz —ensamblada, o sea, verdadera, absoluta, no la casual y mutable del momento en que se habla—, en una incitación, la oferta de un alcahuete en la sombra. Entrar en el Museo como se entra en un night club, promesas de neón; puede ser una buena idea, pensaba Luisa. Aunque faltaba la clave, la atracción más buscada y comentada, aquellas famosas libretas. Un misterio iniciático en el que falta la guinda, la espiga de trigo que consagra al adepto.

La familia había sido clara al respecto en la carta enviada al director del *Corriere Adriatico*, que apareció de forma destacada: «... permítanos, como herederos suyos, expresar nuestro asombro y nuestro pesar por el artículo publicado el 12 de marzo pasado en su periódico. No logramos comprender con qué derecho y autoridad se puede anunciar que también sus diarios (miles de páginas divididas en cuadernos numerados, con diversas referencias y adiciones) se ordenarán, junto a todo el vastísimo material bélico, en el Museo dedicado a la documentación de la guerra para exaltar la paz, Museo que, con una de sus ingeniosas pero siempre razonadas imágenes, había decidido llamar “Ares para Irene”, el dios de la guerra que se convierte en apóstol de paz. Somos los primeros en alegrarnos de que la Fundación creada por la Provincia y el Ayuntamiento haya decidido crear un Museo, sueño al que él dedicó la vida, reformando los palacetes, las caballerizas, los garajes y hasta la propia zona de hierba —rodeado por la pista y adecuadamente cubierto— del viejo hipódromo. Esperemos que esta vez el proyecto llegue por fin a buen puerto; hace una eternidad que se habla de ello y que se ofrecen programas y promesas, un verdadero cuento de nunca acabar. Pero en lo que se refiere a los diarios, éstos son y siguen siendo de nuestra exclusiva propiedad, como herederos, aunque retorcidas y para nosotros incomprensibles vicisitudes burocrático-judiciales han sustraído de hecho, temporalmente, una parte a nuestra posesión, pero no a nuestro derecho de disponer del modo que consideremos oportuno, bien entendido siempre en el interés no ya nuestro, sino de la ciudadanía, de la colectividad, de la humanidad, siguiendo su ejemplo, el ejemplo de un hombre que en aras de su misión, de su ideal, de su grandioso proyecto ha sacrificado todo, carrera, bienes, salud, el bienestar de su familia, en resumen, la propia vida.

»Estamos dispuestos, una vez más, a ceder todo —porque el patrimonio moral del Museo es de todos—, a poner a disposición de todos los cañones, submarinos, carros blindados y armas de toda clase que él recogió a lo largo de su vida para documentar los horrores de la guerra y la necesidad de la paz. Es un escándalo que durante años ninguna institución pública se haya encargado de encontrar un ambiente adecuado donde instalar el Museo. Pero en lo que respecta a los diarios en general y en particular a los que han desaparecido misteriosamente, tan abundantes de material valioso pero también candente, como por lo demás se ha dicho varias veces en el propio *Corriere Adriatico*, estamos seguros, estimado Director, de que su periódico, consciente de la

importancia y de la delicadeza de la cuestión, no...»

El periódico la había publicado en la tercera página, no en la sección de las Cartas al director, transformándola en un artículo relevante de la parte inferior de la página, con títulos y subtítulos muy destacados. No era raro que quisieran, una vez más, airear un poco el caso. Aquella historia siempre levantaba polvareda, sobre todo después del proceso que, como sucede con frecuencia en los procesos, había dejado las cosas menos claras que antes. Luisa apartó el periódico, que había posado encima de un paquete de cuadernos, libretas, hojas, fichas, CD, DVD en los que estaba trabajando, para disponer, y si era necesario añadir, las notas esbozadas por él mismo que habrían debido ilustrar cada pieza del Museo, con sus funciones, su historia, la de su inventor, la de la fábrica que la había producido, la de los ingenieros y obreros que habían trabajado en ella, la de la unidad militar a la que se había asignado, la de la batalla en que había sido destrozada, la de quien la había conducido o apuntado o cargado o había muerto entre su chatarra. Por ejemplo, pensaba colocar aquella máquina dragaminas junto al rectificador de vapor de mercurio; le parecía que casaban bien, muerte subacuática y muerte entre exhalación de vapores, muerte procurada, evitada o diferida, según, pero siempre muerte. La muerte se adapta bien a los museos. A todos, no sólo a un Museo de la guerra. Cualquier exposición —cuadros, esculturas, objetos, máquinas— es una naturaleza muerta y la gente se agolpa en las salas, llenándolas y vaciándolas como sombras, se entrena para la futura estancia definitiva en el gran Museo de la humanidad, del mundo, en el que cada uno es una naturaleza muerta. Rostros como fruta caída del árbol y dejada sobre un plato. Si bien él, precisamente en este punto...

Luisa volvió al ordenador en la oficina que le habían asignado cuando la Fundación le encargó la elaboración del proyecto del Museo. Una sola estancia, aunque amplia, ganada a las caballerizas. Le gustaba aquella habitación en medio de tantos grandes espacios vacíos. Desde una de las ventanas veía algunas piezas ya provisionalmente instaladas en el salón contiguo. Oblonga, algo cilíndrica y verdosa, la máquina dragaminas recordaba a un manatí, a alguna criatura marina que se mueve torpe pero silenciosa hasta caer sobre la presa. Fuera, por la tarde, las ramas de un roble zarandeadas por el viento se dirigían hacia su ventana como garras, tentáculos angulosos saltaban de la oscuridad a la luz de la farola y volvían a perderse oscilantes en la sombra, fallida la presa, quién sabe aún por cuánto tiempo. Luisa se estremeció, por un instante creyó sentir los años como una columna de agua oscura que martilleaba en sus sienes,

una migraña que le hacía pensar absurdamente en el amor, o quizá en su final, que, al fin y al cabo, para ella había sido casi siempre la misma cosa.

Aquel repliegue próximo a la boca, que por lo general gustaba, no era en realidad una arruga, pero ella la sentía de vez en cuando como una cicatriz. Un beso, un mordisco —también yo me estoy volviendo como él, a fuerza de leer sus cartas hasta confundirme con él y de ocuparme de sus ametralladoras y de sus espadas; además, ahora que he tomado la costumbre de llevarme a casa por la noche algunas de esas cartas y fotografías para estudiar cómo organizarlas hasta que me entra el sueño, terminaré por creer también yo que todo es sólo guerra y toda marca, una cicatriz—. Pasó el dedo suavemente por la hoja de una de las espadas apoyadas de forma provisional en la pared; la línea que dejaba en la piel era nítida pero desaparecía enseguida.

Es probable que él, pese a su horrible final, no supiera de las cicatrices que todas las cosas dejan en el corazón; tal vez no sintiera el bufido de la vida en la oscuridad y no viera aquella oscuridad, tan entregado como estaba a mirar en la tierra, a excavar, a buscar y a recoger aquellos objetos insensatos, monóxilos, esquirlas de granadas, escudillas abolladas, cornetas de campaña, casquillos aplastados, espoletas. De noche, su antorcha iluminaba sólo el terreno removido, los socavones, los fondos de las dolinas, un casco oxidado que relucía entre la hierba.

Así había atravesado su noche, hecho polvo pero indemne, feliz con aquellas cosas frías y muertas que sacaba de la tierra o conseguía que le regalasen ejércitos en lucha o recogía en talleres abandonados, sin darse cuenta de que la vida bullía a su alrededor como en torno a los demás, amenazando con muerte y destrucción, no la buena muerte ya muerta que no hace daño a nadie, sino el vivo y continuo morir del cuerpo y del corazón, la luz cada vez más débil en el alma, el frío en los huesos, más mortal que las llamas que lo envolverían en su última hora, en el largo y cómodo ataúd que había elegido para dormir en aquel cobertizo junto a sus carros blindados, lanzamisiles y alfanjes amontonados en desorden, aquella chatarra de todas las guerras que eran las piedras miliare de su existencia, el tanque adquirido en 1945, el ténder de 1947, los fragmentos y la estructura del demolido Ponte Verde giratorio, límite provisional entre el Canal y el mar. Y él, solo con su ataúd en su almacén atiborrado de armas que esperaban el Museo y en el que se había declarado el incendio. Su reino; suyo porque estaba deshabitado, evacuado de todos los vivos que impiden la paz porque para vivir necesitan la guerra, hasta en casa, en la familia, en la cama —a veces,

pensó Luisa, tomando apuntes para la máquina dragaminas, cuando se despierta temprano y la mañana apenas se adivina pálida detrás de las persianas, escudriña, de almohada a almohada, como desde una trinchera, al compañero dormido—. No habrá ataque alguno, pero se está alerta, en la vaga espera del fuego. Cuando tuvo que estudiar en la escuela la guerra de los Treinta Años, pensó inmediatamente en la familia. No en la suya, más bien... así, en general. Y ella, por su parte, todavía no había resuelto si era un bien o un mal no tener una propia y por qué, cuando pensaba en ello, sentía un instante el corazón vacío.

Él dormía en su ataúd, no muerto aún pero tranquilo y sereno como si ya lo estuviese, como ahora, que estoy rebuscando entre sus cartas como si fueran su polvo, cenizas de carne quemada que sólo los investigadores habían podido distinguir, aquella noche —también la mañana siguiente cuando los bomberos, después de muchas horas, habían apagado el incendio—, de la ceniza de la madera del ataúd quemado con él. Tal vez había tenido miedo del morir, pero no de la muerte; entre los jeeps, bayonetas, sables y cananas se sentía seguro como entre las estatuas y las lápidas de un cementerio donde la espada, blandida por un caballero de mármol que vela una tumba, nunca baja para atacar con violencia. Había escrito, contaban, al propio presidente de Estados Unidos pidiéndole el sistema de disparo Norden que había lanzado la bomba en Hiroshima.

«Ares para Irene o Arcana Belli. Museo total de la Guerra para la llegada de la Paz y la desactivación de la Historia.» Luisa pensaba proyectar aquel nombre barroco del Museo, tantas veces repetido en los cuadernos y diarios —modificar el pasado, escribía, invertir el tiempo, reducirlo a una calle de dirección prohibida—, en las paredes interiores del propio Museo. En el caso de que algún día se concluyera. De momento, sólo era un hipotético esbozo, un proyecto que le habían confiado la Fundación y la Consejería de Cultura del Ayuntamiento, al que trataba de dar forma, imaginando una posible organización del enorme y heterogéneo material en los diferentes espacios y salas del viejo complejo del hipódromo, la secuencia de piezas, el uso de las imágenes en los monitores, el hilo conductor del recorrido, los objetos y las historias que surgían de ellos como los genios de la lámpara de Aladino.

¿Cómo organizar aquel Museo desenfrenado, excesivo incluso después del incendio que había destruido buena parte, junto con su todavía más excesivo artífice? El altisonante nombre, por ejemplo, no quería colocarlo en la entrada, sino proyectarlo en las salas interiores con haces luminosos intermitentes que dibujaran las letras y las palabras en varios colores que debían encenderse y apagarse sin pausa. Para él todo era signo, mensaje que, cuanto más se acercaba a su final, más anunciaba felicidad. Nada podía sorprender y mucho menos asustar a quien, como él, afirmaba tener «una relación profética con lo inesperado». El descubrimiento de cualquier objeto, escribía —una cartuchera, una pistolera—, «es un infinito buen augurio y todo está relacionado con la llegada del infinito bien, cuando el mal será abolido y de las armas sólo quedará la parte de energía cósmica que tiene relación con su belleza y con su funcionalidad...».

¿Dónde, cómo y en qué secuencia de las salas disponer las notas...,

aumentarlas con los reflectores, enmarcarlas, grabarlas en dispositivos camuflados en las paredes para accionar en el momento adecuado, elaborar un programa, un recorrido más mental que material para que el visitante, al pulsar un símbolo u otro de los mostrados en el monitor, junto a las diferentes pantallas y los diferentes objetos en diversas salas, pudiese llegar a otras pantallas, encontrarse con otras historias relacionadas con aquel cañón o aquella espada, acceder a un objeto a voluntad? ¿El Museo como un hipertexto móvil en el que todo transcurre o desaparece o se anula, como probablemente había sucedido en su cabeza?

En todo caso, tal vez él tuviera razón, el bien infinito existe, desde siempre. Nos envuelve —sí, quizá también a mí, sentada en medio de este desorden— una suave nube azul añil que acoge un globo escapado de la mano de un niño. Es la felicidad, pero las criaturas bidimensionales que se arrastran por la superficie del globo no pueden levantar la cabeza y comprender que existe esa otra dimensión, la nube que las envuelve, y continúan arrastrándose desesperadas. También ella, tan agraciada y esbelta, era una estela de caracol; su hermosa cabellera todavía oscura al viento —también ésa una herencia de los dos exilios pluriseculares que se habían fundido en ella después de haber atravesado el desierto y el inmenso mar— no sabía que existía aquel viento. En la sombra, que la lámpara de la mesa repleta de cartapacios proyectaba sobre el muro, Luisa sentía el pelo de la nuca húmedo. Él debió de conseguir levantar la cabeza de alguna manera, respirar el viento de espacios, de alturas inimaginables para quien sólo tiene ancho y largo; había aspirado a pleno pulmón aquel aire desconocido para los humanos, un gas hilarante que producía alegría. Afirmaba, además, que había encontrado un sistema científico para alimentarse sólo de aire, con una nueva técnica de respiración que metabolizaba las microscópicas criaturas vivas en cada soplo de viento y las hasta entonces desconocidas sustancias nutritivas contenidas en los gases. Y no porque esté sin blanca y me tenga que mantener mi mujer, añadía, de antigua familia noble húngara, y se vea obligada por mi culpa a trabajar como criada, como se ha insinuado muchas veces con malevolencia, sino porque soy ligero, libre, feliz.

La oscuridad de la noche del incendio —oscura por la autoridad judicial, para quien era una majestuosa iluminación, la hoguera de un soberano que hace alarde de su magnificencia arrojando al fuego toda posesión y, aún más, su propio ser— era una pira divina, el rojo atardecer final del Eón cósmico del mal, de la guerra, de la matanza. Tal vez él no había llegado a sufrir, en aquel ataúd

en que dormía, con un casco alemán de hierro en la cabeza y una máscara de samurái en la cara, quizá el humo lo había ahogado mientras dormía antes de que las llamas pudieran alcanzarlo.

Según la terminología de su proyectada reforma global del vocabulario — rigurosamente expuesta y clasificada en su inacabado DUD, Diccionario Universal Definitivo— él, en aquella noche de fuego, había entrado en el «invertidor», el término correcto que tendría que haber sustituido al común pero aproximado de «muerte». Su nueva lexicografía era un cuaderno de vocablos, interrumpido en una página arrancada en la letra M o, mejor dicho, en el lema «mulváceo», del que faltaba la explicación como faltaba todo lo siguiente. Luisa había pensado, cuando recibió el encargo de proyectar el Museo, presentar el material de aquel diccionario unido a la palabra en tablillas correderas que asociaran al instante las viejas y chapuceras palabras a las nuevas, de una forzosa y hermética precisión, para borrarlas inmediatamente, apagando sus letras vistosas, tragadas por la oscuridad con sus viejos y confusionistas significados. La Muerte proyectada en grandes caracteres, rojos, sobre la pared de frente a la entrada, en la tercera sala, debía revelarse como un simple error de imprenta corregido de inmediato; l'Amor-te^[1] (p. 27 del manuscrito e incompleto vocabulario).

La muerte no existe, explicaba él; es sólo un invertidor, una máquina que simplemente da la vuelta a la vida como a un guante, pero basta con dejar correr el tiempo en sentido inverso y se recupera todo. Tiempo reencontrado, triunfo del amor. Amor-te. ¿Quién? A ti, tú, todos.

Aquellos objetos escupecuados del Museo, carros blindados y cañones y todo lo demás, habrían debido revelarse en última instancia, según las intenciones de su infatigable coleccionista, como lábiles imágenes ilusorias, pesadillas de un sueño angustioso y disperso, un film proyectado al revés que comienza con la muerte y la destrucción y termina con aquella gente —al principio, saltando por los aires, despedazada o atravesada, al final contenta y sonriente— para que se comprendiera que la muerte, toda muerte, llega antes que la vida, no después. Querida doctora Brooks, le había dicho una vez, Moisés escribió el Pentateuco, los cinco primeros libros de la Biblia, y en el quinto narró su propia muerte en el monte Nebo, en la región de Moab. Por tanto, el momento de su muerte llega antes del momento en que lo cuenta. No hay antes y después, querida doctora, el tiempo es como el espacio, se va hacia el oeste, se continúa andando hacia el

oeste y se llega al este del punto del que se había partido. Al este del Edén...

Se lo dijo en su primer encuentro, después de que la Fundación hubiera decidido financiar el proyecto del Museo. En principio sólo el proyecto, después ya se veía; entre tanto, toda aquella Babel de objetos permanecía amontonada en un par de grandes cobertizos y en un amplio espacio vacío del propio hipódromo. Más que apoyarlo, le habían propuesto frenarlo y mantenerlo a raya en el trabajo. Por lo demás, pronto quedó todo interrumpido por su muerte y no se recuperó hasta años más tarde, cuando en la ciudad se había reavivado, tras unos artículos provocadores en el periódico local, el interés por el personaje y su grandioso propósito —y sobre todo por las libretas misteriosamente desaparecidas— y se habían recaudado nuevos fondos. Pero ya bastante tiempo antes de su muerte, sus contactos de pronto se hicieron escasos. Él, antes tan invasivo y pegajoso, casi no se dejaba ver, como si de repente lo hubiera encandilado alguna otra cosa. Aquella repentina ausencia era extraña, si bien le hacía más tranquilo y menos obsesivo el trabajo.

Aquellas armas creían, pregonaban, se jactaban de destruir todo lo que se les ponía a tiro, de reducirlo a la nada, y en cambio, muy a su pesar, sólo arremetían contra el soldado, que saltaba por los aires a causa de una mina, del otro lado de la pantalla, donde todo recomenzaba y el soldado recuperaba la vida que creía desvanecida, la borrachera del día anterior con sus compañeros de armas, la noche en un mar indescriptiblemente violeta de otro día, una boca besada muchos años antes, la lengua de trapo del niño que empezaba a hablar. Pobres hombres locos que se hacen ilusiones de matar y destruir; como si, al apagar la luz, alguien creyese que haría desaparecer de golpe las cosas, indistinguibles en la oscuridad, para siempre. Se podía, por ejemplo, decía en una de sus libretas, proyectar primero la imagen del salón con todos sus objetos y después mostrar la imagen de un gran incendio que destruye todo y deja la sala vacía hasta que, encendidas las luces otra vez, reaparece la sala con todas sus cosas, intacta, resucitada, nunca muerta. Podía ser una idea.

En todo caso, él no había temido a las llamas, mariposa que no teme a la luz en la que se precipita, quemándose y quizá naciendo de verdad en ese momento, más que cuando de oruga se transformó en mariposa. En una de las primeras ocasiones en las que se encontró con Luisa, él, quién sabe si por hacer alarde de su cultura, le había recitado en alemán con solemnidad aquellos versos de plácida nostalgia, «keine Ferne macht dich schwierig, kommst geflogen und gebannt», no te detiene la distancia, alzas el vuelo, fascinada; después, deseosa

de luz, tú, mariposa, te prendes fuego, eres tú misma la llama.

Quizá —sólo es una mera conjetura, cierto— en el incendio de su refugio también habían terminado quemadas, escondidas en vano quién sabe dónde, las carpetas que tanto inquietaban a sus herederos y no sólo a ellos, y que, cosa extraña, eran las únicas que habían desaparecido de sus innumerables libretas. Unos papeles donde se decía que había anotado los mensajes escritos en los muros y en las letrinas de la prisión por los detenidos próximos a la muerte, también ellos en un fuego, en el horno crematorio nazi de la Risiera, el único de Italia, en Trieste. Sobre aquellos muros y sobre los hipotéticos nombres escritos en aquellos muros se dio más tarde, en tranquilos tiempos de paz, una mano de cal. Después de la guerra viene la paz, que tiene el blanco color del sepulcro y de los sepulcros blanqueados del corazón.

Sin embargo, parece que él vio y copió aquellas pintadas antes, al menos algunas; también nombres, se murmuraba, nombres abyectos e influyentes de colaboracionistas o, en todo caso, de buenos amigos del verdugo, grabados en las paredes de las mugrientas letrinas por las víctimas en el umbral de la muerte y borrados después por la cal —cal viva, blanca, inocente, que quema sobre la carne viva— y borrados una vez más aún en el incendio de su cobertizo por un fuego destructor que limpiaba toda inmundicia y restituía una falsa inocencia a la infamia más sórdida y repugnante, a miserables protegidos para siempre por la desaparición de sus nombres disueltos en la cal y pulverizados en la ceniza, ilegibles para los jueces humanos, como el magistrado que tuvo que concluir la investigación sobre los crímenes de la Risiera casi con un no hay caso; ilegibles quizá para jueces más altos, también ellos privados de todo material de prueba y, por supuesto, ilegibles para los hijos de aquellos asesinos contumaces, ignorantes de llevar los mismos apellidos que habían sido corroídos por la cal o retorcidos en el fuego; orgullosos incluso de llevar aquellos apellidos respetables

y de sus padres que los habían llevado cuando las víctimas —a las que ellos habían empujado o incluso sólo visto encaminarse hacia una muerte atroz y cuya suerte, de todos modos, no había turbado su indiferencia— los habían escrito en las paredes. Nombres borrados y, por tanto, honorables para siempre.

No estaba mal, pensaba Luisa, que alguien —a juzgar por la carta al periódico y las declaraciones del vicepresidente de la Fundación, doctor Pezzl— pudiese creer o temer que alguna parte de aquellos papeles peligrosos anduviera todavía por ahí. Mejor así, timor Domini initium sapientiae. Por fin se comenzaba a hablar, entre el malestar de muchos, de aquella ignominia, de aquella vieja fábrica de arroz triestina donde los nazis masacraron o enviaron a la masacre a miles de personas, en medio del silencio general que se prolongó después de acabar la guerra. Y se debía en parte al empeño de aquel hombre singular, de sus delirantes investigaciones, en aquel caso iluminadas por el furor del profeta encolerizado con su pueblo infame y deseoso de sacar a la luz la infamia. El doctor Pezzl, en la réplica a una de las numerosas intervenciones en el *Corriere Adriatico*, había escrito, por ejemplo, que «no es el caso, quizá, de publicar estos diarios antes de que éstos, o lo que pueda quedar de éstos, sean catalogados y clasificados, y antes de haber sopesado la oportunidad de desvelar algunos pasajes de tema delicado, para los que quizá todavía fuera demasiado pronto...».

¿Demasiado pronto para quién? Si acaso, demasiado tarde; al menos para él, pasado a mejor vida —cosa no difícil, visto cómo había vivido, aunque para él, en cambio, tal vez...—, demasiado tarde en todo caso para los demás, que en todos aquellos años habían tenido tiempo de lavarse las manos manchadas de sangre, aquellas que durante la ocupación nazi habían saludado muchas veces con gran cordialidad. Demasiado tarde, al fin, porque, después de tantos años, también ellos, con sus nombres blanqueados en los muros de la Risiera o quemados aquella noche en el cobertizo, se habían ido al otro mundo, al menos muchos de ellos; no debían ser niños tampoco entonces, en los últimos meses de la guerra, y por tanto seguramente habrían recibido la pena de muerte, fueran culpables o inocentes. La justicia, por lo menos la justicia capital, es igual para todos.

Para empezar, se podía organizar el Museo comenzando quizá en las cuadras del viejo hipódromo, una pared tapizada entera con hojas blancas para mostrar que faltaba algo, más aún, que faltaba lo más importante..., y, a continuación, para acentuar el contraste y subrayar todavía más la inquietante desaparición de las libretas, exhibir todos los papeles y los innumerables objetos, incluso insignificantes, que él había comenzado a recoger y conservar desde los ocho años, páginas arrancadas de cuadernos, servilletas de papel, sobres usados —uno dirigido a su padre, vacío, sólo el nombre del remitente impreso por detrás—. Import-Export Tergeste. También una hojita garabateada: «Hoy he preguntado a mi padre “papá, ¿quién es Yo?”. “Eres tú”, me ha contestado. Me he quedado mal.»

Luisa se preguntaba si se podría partir de aquel hallazgo, quizá porque recordaba que aquella vez, después de haber recitado los versos de Goethe sobre la mariposa que se arroja a la llama, él había añadido: «Lo único que no me gusta en este poema admirable —apréndaselo de memoria, doctora, los poemas se aprenden de memoria, los de verdad; los que no se consiguen aprender de memoria no son verdaderos poemas—, lo único que no me gusta es ese tú que primero dedica a la mariposa y después, al final, incluso al lector. ¿Cómo se atreve, quién se cree que es? En lo que a mí respecta, no tengo suficiente trato ni siquiera conmigo como para tutearme. Imposible ponerme a decir “Yo”. ¿Me ha oído decir alguna vez esa palabra? Una auténtica desvergüenza. Con una señora, además... Él, en cambio, va bien. No tiene nada que ver con lo que hacemos nosotros, es uno cualquiera, puede ser, por ejemplo, el vendedor del quiosco de la avenida; él vende los periódicos, no hay que preocuparse, apenas nos afecta. Pero sobre todo la guerra, que es una cosa seria, debe tener la menor relación posible con el Yo, con ese presuntuoso insumiso y desertor en el campo de

batalla. Los maestros en el arte de la guerra no dicen jamás “Yo”, empezando por el primero y más grande, Sun Tzu, que tal vez sea Sun Wu u otro, o sea, nadie, un impreciso gran Maestro voz de muchos Maestros, quien, en efecto, comienza siempre su discurso con “El maestro Sun dijo...”.

»Por tanto, digamos siempre Él, incluso cuando hablamos con nosotros mismos, por favor. En el fondo, es casi como tratarse de usted, como hacen todos... Habrá tú cuando se den cuenta de que ha sido abolida la muerte, Amor-te.»

Luisa no había decidido todavía qué hacer con los variados hallazgos: cartas, tuyas o de sus parientes y conocidos, apuntes dispersos, diarios que se remontaban a la adolescencia o de sus últimos meses, papeles sueltos con unas cuantas palabras garabateadas con una caligrafía ilegible que ella había comenzado a descifrar y que era necesario copiar para hacerlas accesibles a los visitantes, expuestos algunos en tabloneros, otros mostrados en una pantalla digital. La cosa era más sencilla con los objetos —cañones, camiones, azagayas—, su sola presencia oscura y oxidada era elocuente por sí misma, como la existencia (y más a menudo el final de aquella existencia) de quien había manejado, usado aquel lanzallamas o aquella ametralladora, dormido en aquel habitáculo de aquel vehículo acorazado o asomado la cabeza por su torreta, muchas veces su último gesto. Recordar, contar aquellas vidas y aquellas muertes —aunque él no habría querido esta palabra— vinculadas con aquel aeroplano abatido en vuelo, con aquel fusil aferrado o dejado caer. Era tal vez el aspecto más fácil de su trabajo; elegir la pieza o piezas para cada sala, decidir cuál exponer materialmente y cuál, en cambio, mostrar en el monitor con un simple clic, ya que, dado su número, no había espacio físico para todo. Fácil, presionar una tecla, pero preparar un mundo en el que esa tecla sea una buena lámpara de Aladino... y además escribir las explicaciones, reconstruir las vicisitudes de quien se había subido a aquel avión o había apuntado con aquel cañón.

Pero cómo organizar todos aquellos hallazgos, aquellas notas inconexas, aquellas cartas o fragmentos de cartas... Por ejemplo, una carta que le había dirigido a ella personalmente una pariente, la prima Inés, que residía en Udine. «Él siempre anotaba todo, no hacía más que tomar notas; es lo único que ha hecho en toda su vida... La última vez que lo vi, cuatro días antes de que

muriese, había venido a verme a Udine. Durante la comida, de vez en cuando sacaba de la bolsa un grueso fajo de hojas sueltas y algunas libretas como para cerciorarse de que todavía los tenía y luego volvía a meter todo en la bolsa. Media hora después de que se hubiera ido para regresar a Trieste apareció otra vez, alterado, y se puso a buscar por todas partes, debajo de la mesa, sobre la mesilla de noche junto a la cama donde se había echado un rato. Se había olvidado la bolsa y no descansó hasta que la encontró. A fuerza de abrirla y cerrarla sin parar, tan ansioso, la había movido de acá para allá y la bolsa había terminado al pie del sofá. Es importante, dijo, es muy importante..., de verdad, todo es importante, cada mínimo detalle..., los detalles, los pormenores, los... Hablaba casi solo y se fue a toda prisa... Después no lo vi más porque cuatro días más tarde...»

¿Se habrían quemado también esos papeles aquella noche? Y si se quemaron precisamente esos papeles, y si el fuego se hubiera prendido sólo para quemar aquellas libretas enmarañadas y lo que había escrito en ellas... Si una vez, según se cuenta, un hidalgo compró un castillo sólo porque su dama deseaba una rosa que florecía en el alféizar de una pequeña ventana de aquel castillo, alguien pudo haber incendiado un barrio para destruir un paquete de papeles y si después resultó muerto el hombre que lo tenía consigo, bueno, se siente, es un daño colateral. ¿Y si, por el contrario, aquellos papeles estuvieran todavía en alguna parte, carcomidos y deteriorados, tras tantos años? Quién sabe, quizá todavía pudieran leerse.

Luisa ahuyentó irritada aquellas imaginaciones. Estaba allí para trabajar, no para perderse en hipótesis fantasiosas, volutas de humo que no dibujan figura alguna. Se encendió un cigarrillo y volvió al ordenador. Al ascender, el humo atravesó el cono de luz de la lámpara y proyectó sobre la pared la sombra de una cabellera espesa que se iba disolviendo vaporosa en la luz dorada, un fugaz verano en la pared ocre. Los veranos de niña en la playa, su padre y ella, ellos dos solos; sólo más tarde comprendió por qué su madre nunca había querido ir con ellos a la playa. Veranos de mar y sol, los peces devoran desde siempre otros peces y no ha pasado mucho tiempo desde que sobre aquel mar triestino se mecía y disolvía un fétido humo de carne quemada que llegaba de la ciudad, pero la niña no lo sabe, nadie lo sabe, los destellos cegadores y felices del mar son un velo de Maya que esconde la sangre, el humo y todo dolor.

Sí, podía quedar bien. Una ficha biográfica en una vitrina expositora a la izquierda, inmediatamente después de la entrada de la segunda sala, junto con un breve vídeo, una recopilación de sus declaraciones —en la radio y también un par de veces en la televisión— y de los *currículum* redactados por él mismo para las solicitudes de financiación presentadas a varios organismos públicos y privados. Con antecedentes familiares austriacos, hispanos y bohemios, decía desde la pantalla con énfasis, mientras un poco de saliva se le escurría por las comisuras de la boca y se mezclaba con las gotas de su constante sudor frío, y a continuación se perdía en las explicaciones del significado de bohemio, que no quiere decir checo, precisaba, o no necesariamente, no siempre; puede significar también alemán, alemán de Bohemia. *Deutschböhme, Wir Deutschen aus Böhmen*, nosotros alemanes de Bohemia. «Esto es el Imperio», explicaba, «el mundo, el Mundo Entero, AEIOU, *Austriae est imperare orbi universo, Austria erit in orbe ultima*, el sol imperial no se pone nunca, siempre sale en algún sitio. Desde hace siglos estamos, están al servicio del Imperio, los Habsburgo de España y de Austria y de Bohemia, los galeones españoles surcan los océanos y los caballos de posta de los Thurn und Taxis, señores del Duino, llevan una carta de Viena a Madrid en tres días. Falta un galeón completo, hundido con la Armada Invencible; el Museo lo tendrá, tiene que tenerlo, una fortaleza marina en el fondo del mar, costosa e inútil como todas las fortalezas, como las fortalezas volantes de la Segunda Guerra Mundial, destinadas a lanzar bombas que estallaban en las ciudades y a estallar, alcanzadas, como bombas...»

Nacido en Gradisca —Condado-Principado de Gorizia y Gradisca, uno de los treinta y seis títulos oficiales de Francisco José— en un palacio destartalado pero de finales del siglo xv, adquirido por el abuelo Egon, el almirante. Se había jubilado realmente con ese grado, pero se había distinguido jovencísimo como

guardiamarina en la batalla de Lissa, en la que, como dice la tumba del almirante Tegetthoff en Viena —había sido Tegetthoff quien advirtió su arrojo en las aguas dálmatas y lo propuso para una condecoración menor—, cabezas de hierro al mando de barcos de madera vencieron a barcos de hierro capitaneados por cabezas de madera, o sea, la KuK Kriegsmarine, la Marina de Guerra Imperial y Real, en aquel momento todavía casi toda de vela, destruyó la flota italiana, ya acorazada y con motor. Trifulcas de familia, ya que los cabezas de hierro eran marineros italianos de Venecia o de Lussino, y los cabezas de madera, marineros italianos de Génova o de Ancona. En casa, escribe, cuando él era pequeño, los niños solían jugar a la batalla naval de Lissa y él, que jugaba sin parar todo el día, sostenía que aquellos juegos —los barquitos hundidos en el estanque del jardín, los soldaditos de cartón piedra consumidos en el agua— le habían abierto los ojos a la necesidad de eliminar la guerra.

No será necesario conceder demasiado peso o demasiado espacio a la ficha biográfica del autor, decía en unas notas de su puño y letra entregadas en su momento por él mismo. Debería escribir coherente y obligatoriamente — continuaban las notas— su ficha, quizá también la de los demás. Quien ayude a organizar el Museo y estos papeles tendrá que reordenarlos, reescribirlos en parte, para que resulten más claros, me doy cuenta de ello, y por tanto los papeles que expliquen y celebren mi obra serán también, más aún, sobre todo suyos. El arte de la guerra tiene autores, no un autor. Aunque, sin querer ser presuntuoso, creo que..., pero no tiene importancia. Sigo usando estas formas convencionales de la gramática y estos tiempos sin sentido, el presente que apenas es ya no es y por tanto no es y el futuro que no es nunca; me disculpo, pero no quiero poner en dificultades a nadie y mucho menos a usted, doctora Brooks, a usted que creo que ha comprendido lo que significa trabajar para el Museo.

Cuando se está en el invertidor, los tiempos gramaticales ya no existen, como mucho son tics verbales, de relleno, muletillas para tomar aliento cuando no se sabe qué decir. En principio era el Verbo, pero aquí no hay principio y por tanto tampoco Verbo. Estas informaciones sobre la infancia, por ejemplo, las ponemos —las hemos puesto, las pondremos, póngalas, querida doctora Brooks— desperdigadas aquí y allá. Porque tampoco importan mucho. En el Museo deben importar las cosas, objetos, helicópteros, aljabas, ametralladoras, también ignorantes todos ellos de los tiempos verbales; él —o sea yo— comprendo que puedo despertar simpatía y es más me alegro de ello, pero no soy yo quien importa.

Pues bien, doctora Brooks, he pensado en ello. Le pido que, cuando sea necesario usar una persona verbal, puesto que no está usted todavía en el

invertidor, use siempre y sin vacilar la primera persona del singular. Sé que es inadecuado, ya se lo he dicho, pero en ciertos casos —al menos por ahora, después será diferente— no se puede hacer otra cosa. Cuando digo que de niño continúo disparando con el pequeño cañón de madera, transcriba usted mi frase al pie de la letra, sin preocuparse de que alguno pueda no comprender quién ha estado o quién está disparando. Todos los niños dicen «yo» cuando hablan de sus juegos, más aún, dicen «yo» cuando hablan. Yo es cualquiera, es el pronombre más genérico e impersonal, no vale para designar a nadie. Por eso se puede usar sin vergüenza. Por lo demás, imagino —vistas las correcciones, los garabatos y los borrones que hacen, lo sé, ilegibles mis folios— que usted los copiará, los transcribirá, en resumen, los escribirá y por tanto será, es, usted quien los escribirá, son suyos.

De niño me gustaba disparar con el pequeño cañón de madera. Grandes batallas en el estanque del jardín. Es estupendo disparar, que caigan, y todavía mejor que caigan en el agua. Barcos y hombres se van al fondo, desaparecen; ya no se ve nada, sólo las cautivadoras aguas, también ellas un gran féretro, un disparo más, después nos vamos a casa, será la última batalla, la última guerra, después no habrá más, pero terminemos ésta. Ciertamente, la guerra, la alegría de destruir, debe cortarse de raíz; debe cercenarse la mano que blande la espada o dispara el cañón, después la recogeremos y la pondremos en una estantería del Museo. Ya hay una, es el esqueleto de la mano de un ulano que sujeta el sable reglamentario de los oficiales del Regimiento, una bonita mano reseca, una bonita hoja de otoño. Y también Leonardo —continuaban las anotaciones—, cuyo busto adornaba el patio del palacete de Gradisca, ¿por qué no se había limitado a pintar las montañas azules a causa de la densidad del aire, sino que precisamente también allí, en Gradisca, había construido aquellos artilugios para defender la ciudad de los turcos? Complicadas jaulas de madera y hierro camufladas bajo el agua y en el fondo del Isonzo de modo que, cuando los turcos, infantería y caballería, cruzaran el río, aquellos gigantescos cepos se dispararían para aprisionarlos, hombres y caballos y extremidades piafando entre las cuchillas y las ataduras, la caja emerge de la corriente de agua como una picota, un enorme juguete que contiene presas vivas, animales que se golpean contra los barrotes. El Isonzo tiene el color más hermoso del mundo, verde agua, enrojecido por la sangre que brota de aquella jaula y de mucha más sangre muchos años después; entre tanto es fácil asaetear desde la ciudad aquel amasijo de cuerpos.

Bravo, Leonardo, la sonrisa de la Gioconda al servicio de la muerte, inefable serenidad de matar y de querer matar. También yo, pensaba Luisa mientras

transcribía y ordenaba aquella página, cuando voy de pesca hago lo mismo, no importa si en el río o en el cercano mar, el cielo iluminado por el sol y por la reverberación del agua es una luz de felicidad, una gran sonrisa. El pez pica, el anzuelo le desgarró la garganta, el pescador sonríe contento. En el fondo, él tenía razón, la vida es la guerra, los apuntes hablan claro. «Lo único que queda es llevar todo a un Museo donde no hay ya guerras porque ya no hay vida. Científico a los cinco años e inventor a los nueve, a los dieciséis ideé y proyecté armas fantásticas y terribles, pero decidí que daría a conocer esos modelos cuando ya no hubiera guerras en el mundo y esas armas se hubieran vuelto inofensivas e inútiles. Es necesario transformar la vida —toda la vida, todo— en inútil, inusable. El valor de uso es siempre, de alguna manera, el valor del asesinato. Embotar las lanzas, oxidar los fusiles, desafilar la espada hasta que la vida, siempre tan afilada, ya no corte.»

Habría sido mejor no entregar diligentemente la ficha biográfica completa, sino separarla en sucesivos fragmentos en las diversas salas del Museo: infancia, adolescencia, guerra, postguerra y muerte, aunque él no creía en esta última y la considerase un error lógico-lingüístico, según resultaba de su certificado de defunción. O bien entrar in medias res, como conviene en un poema épico en el que, si todo va bien, se conoce el inicio casi a la mitad, cuando se aproxima el final. En todo caso, como en la vida, y no sólo cuando se llega a saber por casualidad muchos años después lo que te ha hecho tu marido. Esto podría incluso no llegar a suceder si él, por ejemplo, no ha hecho nada o te lo ha contado inmediatamente, casi en tiempo real, que quizá es todavía peor.

Pero es de ti de quien más tarde llegas a saberlo todo; de cómo eras de niña, en un tiempo que no puedes recordar; de cómo se conocieron tus padres, de cómo fue demolido el gueto cuando todavía no habían nacido tus abuelos y tal vez ni siquiera tus bisabuelos. También el Museo debería ser un batiburrillo del antes y del después, como las cosas que muestra y cuenta. Pero sería bonito, en cambio, poder comenzar desde el principio, como la Torá. Al principio, Dios creó el Cielo y la Tierra. Al principio o casi, porque parece que existían ya Tohu y Bohu, el Caos y el Vacío, esos que nunca faltan y te impiden iniciar de verdad cualquier cosa y cualquier historia. Pero con él, por ejemplo, sí se podía iniciar, incluso contra su voluntad, si no con el nacimiento —o, en rigor, nueve meses antes, cuando exactamente se inicia su historia— al menos con la infancia, la adolescencia, de la que hablan, aunque deprisa y sin pausa, sus libretas.

Fueron los soldaditos los que me hicieron comprender que hay que abolir la guerra y que el único modo de conseguirlo es jugando a la guerra. Jugar para no hacerla; soldaditos contra soldados. Los mejores los vendía el señor Popel, cuando ya nos habíamos trasladado a Trieste. Un pelotón de húsares negros prusianos, con alamares; un trabajo magnífico, hebillas perfectas, doradas sobre las casacas negras, colbac y sable rigurosamente fiel a los reales. Quizá me los había regalado él mismo una vez que entramos en su tienda, no me acuerdo bien. Mi madre hacía muchos regalos a mi padre, pero pocos a mí. El señor Popel, en cambio, hacía regalos a todos. ¿Pero tú qué te crees, que soy Popel?, se decía en Trieste cuando alguien pedía algo imposible. *La Rena xe iluminada / sior Popel / sior Popel passava / e i muli, i muli zigava: / no gavemo, sior Popel, paiòn.*

El señor Popel daba todo lo que podía a todos. Cuando pasaba por Rena o por la Ciudad Vieja, con su larga barba blanca, nos regalaba a los chicos fruta y dulces. Y juguetes en la tienda, donde su mujer, siempre con un sombrero calado en la cabeza, vendía también hilos de bordar. Su tienda estaba en el Corso, pero él solía acercarse a la Ciudad Vieja, sobre todo para llevar algo a los niños recogidos en la Casa de los Pobres y ofrecer una comida a quien tenía hambre en el comedor social de la calle del Triunfo. A mí me dio una vez un arco: «Es de los indios», me dijo, «de los que viven en las selvas del Amazonas, donde el calor, la niebla y la humedad hacen que siempre esté oscuro.»

¿Por qué no fue mi padre o, al menos, mi abuelo? «Comer bien y hacer que se coma bien», decía. «Mal no causar, miedo no tener.» Su tienda, un teatro, un mundo. Soldaditos, elefantes de trapo, muñecas risueñas o absortas, fusiles de aire comprimido, cinturones, sables de madera o de goma, cañones que disparaban balas de tela del tamaño de un huevo que no hacían daño. Allí las armas eran buenas, pulidas, lisas. Jugar a la guerra para no hacer la guerra... y

sin embargo después, también aquella muñeca... Los ojos, recuerdo los ojos. No los habituales ojos azules y acuosos sobre los que se cerraban los párpados rosa. Ojos verdeamarillentos de vidrio, como los de un búho disecado. Ojos de gato. Se encendían cuando una luz los rozaba, resplandecían enigmáticos y crueles en la oscuridad. Me la había regalado mi madre, siempre me regalaba juguetes de niña, también me había dejado el pelo largo; hay una foto en la que no se distingue quién soy yo y quién es mi prima.

Me gustaba mecer aquella muñeca delante de una luz; los ojos, que miraban hacia arriba, se encendían como monedas de oro en el fuego y, cuando le bajaba la cabeza, desaparecían opacos en la oscuridad. Me gustaba colocar la muñeca en el centro y los húsares negros alrededor. Para protegerla, para rendirle honores, para obedecerla. Ella, mucho más grande que ellos, una madre que puede cogerte en brazos con tu fusil y todo, o llevarte en la tripa y echarte fuera cuando quiera, o incluso darte una azotaina. Pero la muñeca no lo hacía nunca, pese a sus manos grandes y regordetas. Era buena, buenos sus dulces ojos verdeoro, y me gustaba obedecerla junto a los pequeños húsares. A los soldados les gusta obedecer, es su oficio. De vez en cuando cogía al jefe, un mayor, como se veía por las cintas de sus charreteras; lo colocaba debajo de su pie sonrosado, pero también algo ennegrecido y sucio de polvo, porque la hacía caminar descalza por la tierra del jardincillo, y él le besaba la planta del pie, quién sabe si sus bigotes la pinchaban o le hacían cosquillas, quizá le gustaba y también me gustaba a mí. El verdadero jefe era yo, el húsar era sólo mi segundo. Me sentía muy a gusto sentado también yo en el suelo como ella; me gustaba hasta su desdeñosa indiferencia. Cuando trataba de torcerla y girarle la cabeza hacia mí, apartaba la mirada, los ojos se ponían a mirar hacia otra parte. Pero me parecía bien así.

Después, no sé por qué, las cosas cambiaron. Tuve que obligar a desfilar a patadas a aquellos húsares alelados, que ni siquiera se daban cuenta de la gloria y la felicidad de servirla, y también con ella algo se rompió. Ya no me hacía caso cuando la cogía en brazos o la colocaba entre los soldados. Miraba siempre para otro lado; ojalá hubiera sido cruel, un mordisco de aquella boca siempre entreabierta me habría gustado más que un beso. Sencillamente me ignoraba y entonces mandé a los húsares a la guerra, donde está su sitio y no hay que pensar en ninguna muñeca. ¿Pero cómo es que al principio eran tan buenos ellos y también ella? Tal vez fuera mérito del señor Popel, de aquella tienda donde todo estaba impregnado de bondad y de ternura.

Si hubiese tenido aquella tienda, no habría necesitado mi Museo. Allí se podía entrar, tocar, incluso disparar una bala de tela contra el hocico de un oso de trapo que no se inmutaba; a Popel le gustaba que los niños jugaran. En su tienda había de todo. En Navidad, abetos con bolas de vidrio de Nüremberg que reflejaban las luces y las sombras y, bajo el árbol, un gran pesebre con muchos pastores y muchos Reyes Magos, tres son pocos, decía, y añadía un par de Gaspares moros montados en sus camellos. Después cogía los húsares negros, pongamos también a éstos, así aprenderán a ser buenos y que la guerra es un juego, si no es una estupidez.

Cuando se afanaba en el árbol de Navidad, su espesa barba blanca se enredaba en las ramas, una nieve, una suave nieve buena, cálida; me gustaría permanecer bajo una nieve como aquélla. Tenía de todo y sabía reparar cualquier juguete que se rompiera: recolocaba una cabeza, encolaba una pierna... Si hubiera sido posible arreglar la muñeca cuando se rompió, acoplar el brazo rosa desprendido, encajar bien los dos botones de vidrio en las órbitas..., el señor Popel habría sido capaz, era un mago. Pero sin él... ¿Qué te crees, que somos Popel? Siempre era Navidad en casa de aquel buen alemán. Stille Nacht, heilige Nacht... hasta Poldo, mi perro, se me subía a los brazos y me lamía la cara cerrando los ojos, feliz, y el señor Popel le daba un trozo de jamón que guardaba en una repisa. Yo miraba la muñeca y los húsares negros, cuando todavía estaban allí. Habría sido mejor que se hubieran quedado allí; el señor Popel me miraba también él un poco perdido, como yo...

Fue muy extraño que se marchara, parecía que iba a estar allí para siempre, como un árbol, como el bosque de barcos que se balanceaban en el mar un poco más lejos, Oh Rena Vecia, / i camini no fuma più! / Xe morto sior Popel, / paneti no 'l porta più! También los dos botones de vidrio de la cara de la muñeca se habían vuelto apagados y mates en la penumbra de la casa. A veces me parecían vacíos como más tarde los de la momia del gato en los sótanos de la Ciudad Vieja. Y así dejé de poner en fila a los húsares para una bonita y pacífica parada y los metía en una barquita en el lago o en cualquier otra parte, los incitaba a dispararse y a caer al agua y daba igual que fuera yo el que los golpeaba, por lo demás como en la guerra. Pero no estaba triste.

Trasladada la familia a Trieste, se matricula en el Instituto Náutico, «aun aborreciendo el mar». Como alumno no fue gran cosa; un trabajo sobre el tráfico del puerto de Trieste se consideró bien escrito —un buen italiano, había dicho la profesora Venassi— pero fuera del tema, porque se había concentrado sólo en el transporte marítimo de material militar, un transporte casi inexistente. Es de suponer que la charla entre su madre y la profesora debió acarrearle consecuencias en la familia, que seguramente aprobó él mismo, defensor ya entonces, en los bancos del colegio, de «sanos principios autoritarios».

Detestaba el mar..., nada raro, pensaba Luisa; las fobias, las obsesiones y las manías temen la gran libertad marina que disuelve y lava las pesadillas. El prisionero vacía con la escudilla el agua que le entra en la celda, sabe que esa ola potente llega para llevarse por delante sus barrotes, pero tiene miedo de las inmensas aguas del océano, de ese océano siempre tormentoso que es el mundo. Se aferra a los barrotes, tiene las branquias de la libertad atrofiadas, si se deja arrastrar por la ola, se ahoga. Y entonces el prisionero construye barricadas contra el terrible liberador; diques de papel, apuntes, objetos, trozos de pared, carcasas, chatarra. Rellenar todas las grietas por donde podría entrar la gran libertad; mar y viento, los rugientes vientos del océano, demasiado fuertes para los pobres pulmones enmohecidos. Y sin embargo de niño le gustaba mucho aquella barquita... Quién sabe si él también sufría de migraña como mi madre, se preguntó Luisa, ojeando aquellos papeles. A mi madre le había gustado mucho el mar, y cuando dejó de gustarle, cuando ya no pudo gustarle, después de lo que le había ocurrido, después de aquel descubrimiento devastador, comenzó a sufrir de migrañas; recuerdo que le atacaban de improviso, parecía que una tenaza le apretaba las sienes, un tierno conejito entre los dientes de un hurón.

Al mar, también al mar profundo y negro —negroazul, también los cabellos femeninos más cautivadores son esos tan negros que parecen azules, como los suyos, doctora, que por aquí se ven bastante poco—, al mar, decía, sólo se puede descender entre las paredes de hierro de un submarino, que cierran el camino a las grandes aguas oscuras. En el mar se está bien sólo cuando no se está en el mar, bajo el agua pero no en el agua; quizá en el vientre de un gran pez, como Jonás o Pinocho. Al menos hasta que un anzuelo enganche al pez por la garganta y el submarino, alcanzado por el siluro, explote; la ballena despedazada, con todo lo que lleva en la panza, se convierte en presa de nubes de pececillos que se lanzan sobre ella y la rodean en un enjambre centelleante.

(En el centro del atrio; en la pared del fondo, la pantalla con su retrato, mientras una voz repite a intervalos: «Submarinos usados. Compro y vendo.»)

U-Boot 20 de la Marina Austrohúngara, Primera Guerra Mundial (evidentemente había conseguido comprarlo o que se lo regalaran; en cualquier caso usado, como demuestra el boquete lateral), alcanzado en aguas venecianas poco profundas, no lejos de la laguna de Grado.

Alargado, una elegante piragua acorazada. Dos motores diésel y dos eléctricos, un cañón de 88 mm, una ametralladora de 14 mm y dos tubos lanzatorpedos al frente. El equipamiento de la muerte es a menudo largo, longilíneo, agudo. Lanzas, espadas, bayonetas caladas; cañones de fusil y cañones —redondos, es cierto, pero alargados—, misiles. Las bombas, es verdad, tienden a ser panzudas. Como la muerte, que no es flaca en absoluto, sino gorda, y no es de extrañar, tragona como es. El torpedo es quizá la forma ideal, rectilíneo y redondo al mismo tiempo.

Una brecha en un lado, cachalote apresado entre las enormes pinzas de un Kraken. Es agradable sumergirse en un submarino. En rigor, sumergible, adaptado a navegar *también* en profundidad pero sobre todo en superficie, mientras que el submarino, estadio más evolucionado —ha terminado la era de la evolución de las especies, ahora es el tiempo de la evolución de las máquinas—, está hecho para navegar esencialmente en profundidad.

Se enciende un vídeo, descendemos a un acuario, desde el vientre del submarino las aguas en las que se sumerge parecen tranquilas, torpedos y minas aparte, pero ésa es la vida, que es siempre una sorpresa. A veces una desagradable sorpresa. Descendemos; fuera, en el agua, como ya vio una vez en su inmersión con una escafandra el guardiamarina Ivo Saganič, destinado al U-Boot 20 *Kaiser Joseph*, los colores se reducen; franjas cada vez más tenues, el

azul se difumina antes que el violeta. Una pena que los submarinos militares no tengan ojos de buey. Suaves medusas nebulosas fluctúan ante el cristal de la escafandra, el ojo ve y se equivoca, moscas ilusorias estrían el cristalino engañado por algún defecto del cuerpo vítreo. El ojo ve lo que el cerebro le ordena que vea, aunque no exista. Muchos han visto al Kraken, que no existe. Descendemos, los rayos de luz de varios colores se van apagando, primero los rojos, luego los naranja, los amarillos, los verdes, al final los violeta y ultravioleta. A diez metros de profundidad, ya es de noche.

Se desciende a la cripta cada vez más oscura de una catedral, la bóveda sobre las cabezas es todavía azul, una vidriera atravesada por destellos de luz, poco a poco más débil y más opaca. Allí abajo el tiempo se ralentiza, se condensa. Minutos de sueño, años. ¿Cuánto hemos dormido, cuánto hemos soñado dormir? En ese azul ya pronto no azul al que descendemos todo parece suceder con lentitud secular. El pescador Urashima —Ivo recuerda bien el librito recibido en San Nicolás, una edición alemana de cuentos, los caracteres góticos negros del título sobre las blancas crestas de las olas en la ilustración de la portada— se lanza desde la barca a los brazos de la princesa del mar, el corazón se hunde; notempo de la felicidad y de la muerte. Ulises no se da cuenta de que ha pasado once años en la gruta con Calipso, Urashima no se da cuenta de que entre los brazos de la diosa del mar ha pasado cuatrocientos años. Pero ¿quién los cuenta? Los años están hechos de días y para que haya un día el sol tiene que salir y ponerse, pero cuando en la gran nube originaria no hay ningún sol que pueda salir y ponerse y ninguna tierra que pueda girar en torno a él y cuando en un beso no hay ningún ayer ni ningún mañana, los días ya no existen y no se pueden contar. Estoy aquí abajo para hacer la guerra, guardiamarina, pero aquí abajo parece imposible pensar en la guerra, en su precipitación acelerada, en el torpedo que se dispara velocísimo para perforar el mar, muro del tiempo.

Alcanzado en aguas de Venecia, el submarino consiguió volver a subir, lento y escorado, y emerger para reposar en un banco de arena; una corveta austriaca recogió a la tripulación, a los cuatro muertos en el boquete, y regresó a Pola. El guardiamarina Ivo Saganič es más afortunado que los demás porque, a diferencia de los otros marineros y oficiales que procedían de ciudades y pueblos más lejanos, vive en Promontore, en la costa, precisamente en el mar donde ha emergido y reaparecido y donde lo espera su mujer, Mila, con sus cabellos largos como los de una sirena. Urashima siente nostalgia de su casa, de su padre, de su madre, de sus hermanos y hermanas, y le pide a la diosa del mar que lo

deje marchar, que volverá enseguida. El guardiamarina Ivo Saganič está disgustado por los cuatro marineros muertos y por el submarino, convertido ya en su barco, quizá más que el que lo espera fondeado casi frente a su casa, pero está contento de volver, aunque sea por poco; cuando los dioses envían un mensaje, se va o se vuelve sin discutir. Mientras el submarino asciende — lentamente, en parte porque está escorado, el ángulo que separa su trayectoria de emersión de una línea horizontal es bastante pequeño—, piensa en el fondo marino que se aleja y desaparece, en todas las plantas y peces entre los que están pasando, en el plato de *sguazeto* que lo espera en su casa o en la taberna de Trita Trita, adonde quizá vayan Mila y él a celebrarlo.

A decir verdad, él desea volver pronto a casa, pero quizá los amigos quieran pasar al menos una hora de juerga y él, uno de los pocos casados, no quiere ser despectivo o, como dicen los alemanes, parecer un Simandl —él es y se siente austriaco, como todos ellos, súbdito del emperador, pero no alemán, es de Istria e italiano—, o sea, uno dominado por su mujer, así es que terminarán probablemente en la taberna de Trita Trita, con su vino negro, el cementerio de la juventud, y con su vino blanco, el camposanto de la juventud, pero él se largará pronto. Además porque después tendría que volver al mar, bajo el mar. Urashima regresará muy pronto al fondo del mar junto a la diosa que, cuando él se marchó, no le dijo nada, sólo le dio un pequeño cofre advirtiéndole que no lo abriera nunca.

Hay muchas maneras de esperar a un marido que vive durante mucho tiempo —quizá esté muerto— en el fondo del mar y cuando el guardiamarina Ivo Saganič vio que su mujer, la bella Mila, más bella que la bellísima reina del mar, no lo había esperado sola ni tampoco sola con su hijo, el pequeño Tonko, le pareció no reconocer la casa, la barca que se balanceaba anclada enfrente en el mar tranquilo, el patio y la escalera que subía a la puerta, donde Mila permanecía erguida y silenciosa, más lejana que cuando él estaba en el fondo del mar, los pocos pasos y los pocos metros eran años y decenios. Urashima al regresar a su pueblo no encuentra ya nada excepto las montañas; no está ya su casa ni ninguna de las casas que conocía, ninguno se acuerda de una familia con su nombre, hasta en el cementerio hay otras tumbas, incluso los nombres corroídos y casi ilegibles no le dicen nada; han pasado cuatrocientos años, oye decir, desde que un tifón destruyó una aldea que se levantaba en aquel lugar y entonces él va a la orilla del mar solitario, abre el cofre, tal vez dentro haya un mensaje de la diosa que le explique todo, una magia que lo ponga a salvo, pero sólo encuentra polvo

que el viento dispersa al instante. Se mira en las plácidas y claras aguas a sus pies que le muestran un rostro marcado por surcos como las piedras de las viejas tumbas y largos cabellos blancos como la nieve.

A Urashima se le doblan las rodillas y cae en la arena, en cambio, el guardiamarina Ivo Saganič miró largo rato a Mila, inmóvil en el umbral, después se dio la vuelta y se dirigió a la orilla a mirar largo rato el mar, parece que nadie lo ha visto después de que se marchara por la carretera que lleva a Medulin. Los registros de la Marina Imperial deben recoger algo del asunto, puesto que pocos días después la tripulación del U-Boot 20 fue llamada a embarcar en otra unidad, pero los avatares políticos de Austria, al final de la guerra, dispersó aquellos archivos.

¿Y todas aquellas anotaciones sobre las moreras en el cuaderno n.º 36? Morera negra, escribe, *Morus nigra* L. Óptimo instrumento de defensa, como la morera blanca, capaz de combatir las enfermedades del aparato respiratorio (tos, bronquitis, asma, catarros, dolor de garganta); refrescante en caso de fiebre. Vermífugo. Depurativo, sedante, eficaz contra el insomnio y la cefalea, bactericida; remedia la debilidad, caquexia, hiperglucemia, hipertensión, edema, hidropesía, aftas, heridas, picadura de serpientes e insectos, micosis, ulceraciones de la cavidad bucal, úlceras gástricas, depresión. Propiedades emolientes, diaforéticas, hipoglucémicas. Enriquece la sangre, cura la neurastenia, la hipertensión, diabetes, vértigo, acúfenos, anemia y artritis. El 30 de noviembre de 1478, el consejo del Ayuntamiento de Vicenza decreta la pérdida de un ojo a quien roba una planta de morera. El falso fruto de la morera se llama sorosis; exocarpio delgado, endocarpio rugoso, mesocarpio carnoso y succulento.

La morera es una planta monoica, es decir, en el mismo ejemplar hay inflorescencias de ambos sexos. El fruto, la sorosis, es en realidad un falso fruto, sólo una infrutescencia... Todo fruto es falso, mentira vital. Dos fingen convertirse en uno y fabrican un falso uno; también estambres y pistilos son fichados para montar un *Tristán e Isolda* mediocre. Falso fruto, falsos padres, falso amor, guerra camuflada. Guerra de sexos. Si hubiera sólo uno —un solo sexo, un solo hombre, *homo*, no *vir*—, qué desgracia que algunas lenguas no tengan el género neutro. Eso es, una sola cosa, neutro, nadie contra quien combatir... En alemán hay neutro. Gran pueblo el alemán. Incluso cuando exageran. Mostrar en el Museo también afrodisiacos; también el miembro que entra en la vulva la primera vez y, a veces no sólo la primera, derrama sangre.

De la morera caen las moras. Caen, aplastándose en la tierra y salpicándola

con manchas de sangre oscura, del gran, venerado, ramificado árbol de la morera en medio de la plaza de Crno Selo, el pueblo —llamado a veces vanidosamente ciudad— aferrado a la ladera del Velebit y de frente al Adriático, recorrido ya por los uscoques. Pocas casas (una, un viejo edificio de estilo administrativo habsburgués, no carente de descuidada nobleza) enclavadas en la escarpada pendiente sobre el mar sonoro y espumoso del que parten senderos de tierra pisada más que verdaderas carreteras. El pozo, la frescura del agua en el ardiente verano sobre las rocas blancas y deslumbrantes de la costa dálmata. Mi padre, escribe, nos llevó una vez a Dalmacia, antes de la guerra; a él le gustaban aquellas rocas blancas, a mí, las moras que se deshacían en la boca, se escurrían por la barbilla y manchaban la camisa. Mi madre..., no sé qué le gustaba a mi madre. Me gritaba cuando me manchaba. Es difícil lavar esas manchas violáceas, la sangre inocente de los frutos, de los animales, de las mujeres en sus días impuros es difícil de quitar. Sólo la sangre del hermano derramada por el hermano desaparece enseguida, una mano de cal y listo, como más tarde en los muros de la Risiera y sus alrededores.

Los poquísimos habitantes de Crno Selo se apellidan Di Giovanni, descendientes tal vez de un abuelo Ivančić; etimologías de sangre, sangre de antepasados reclamados, de hermanos que, después de crecer viendo a amigos comunes y ex amigos pelearse al grito de Mare Nostrum o Jadransko More, habían decidido, uno contra otro, ser eslavos o italianos y habían derramado sangre para sacarse de las venas lo que habían considerado indebido y bastardo, aplastando su feliz infancia plural como la uva en la cuba o la aceituna en la almazara. Manos ensangrentadas de moras jugosas y de heridas propias y ajenas, no siempre se distingue al principio; en el aliento ardiente del verano y de la lucha, en el fondo, no hay mucha diferencia. Un brazo de mar blancorrojoverde más que blancorrojoazul o viceversa hace que corra mucha más sangre, los Camisas Negras queman aldeas, las dolinas kársticas esconden cadáveres.

Exprimir la uva roja y negra. Hay cubas y cubas, prensas y prensas; las de casa, que extraen un par de garrafas, y las de las grandes fincas, centenares de prensas accionadas con un botón que las pone en movimiento por quien ni siquiera las ve, y ríos rojizos se desbordan en crecida. El hombre es una gruta kárstica, una dolina; el río subterráneo bulle, crece, vomita ese vino, atraganta al bebedor y no se ve al principio cuál es el vino y cuál es la sangre. En Crno Selo la vendimia fue modesta comparada con la abundante producción de las prensas y cubas empleadas en la Risiera, modesta sucursal a su vez de la gran empresa

«Adolf Hitler & Co.», fallida y subastada antes de poder convertirse en «Adolf Hitler & Sucesores».

La vieja morera sigue allí, nudosa y retorcida, innumerables años la han marcado con protuberancias y abultamientos; de esa herencia leñosa, las moras procaces y jugosas, más numerosas que las manos de los habitantes que deberían haberlas recogido, caen mezclándose en la tierra, en el fango y en las pozas en una densa vinaza purpúrea, cancerosa menstruación de la Historia.

Caen hombres e imperios, moras llenas de jugo se precipitan de las ramas sobre las cabezas de los visitantes; su rojo oscuro salpica y mancha todo. Vestidos estropeados y gente que salta hacia atrás. Cuando caen las bombas, la gente se espanta y hay mucho más rojo. ¿Y tampoco los gusanos sienten asco de comer las hojas de la morera, que está allí sólo para ser agredida, comida? Comido para que alguien tenga seda, seda ligera como el aire, caricia en la mano que la toca, diáfano velo sobre los hombros o sobre un rostro, lazo de seda con el que el sultán estrangulaba a quien caía en desgracia. De dondequiera que se parta, concluía, siempre se termina en las armas.

Entre las azagayas y los obuses, seis cajas con veinte mil libros de tema bélico. Entre ellos, cuatrocientos veintiocho de la Deutsche Bücherei Trieste y de la Hitler-Jugend Bibliothek, procedentes tal vez de la Asociación Italo-Germana, antes Asociación Italo-Germana de Cultura (al final de la guerra, la cultura evidentemente ya no parecía tan necesaria), antes *Kulturverein* Friedrich Schiller, pero eso era en la época en que los alemanes de Trieste, y no sólo de Trieste, eran caballerosos, quizá los más caballerosos. De todos modos, los libros son libros, incluso cuando son estúpidos; son siempre buenas armas y no sólo gracias a sus lomos pesados y cortantes con los que se puede romper una cabeza. Siempre debemos respetar y proteger los libros. Incluso aquellos que no nos gustan.

Es cierto, yo salvé los libros por casualidad, en los primeros días de mayo del 45, durante los enfrentamientos entre alemanes, yugoslavos, fascistas, partisanos italianos demócratas, comunistas, guardias ciudadanas un poco fascistas, un poco resistentes, cuando, esquivando balas perdidas de todos contra todos, yo pasaba entre las posiciones yugoslavas como entre las alemanas y parlamentaba con unos y otros, actuando como intérprete y también a veces de mensajero, portador de propuestas y contrapropuestas de rendición, pasando a menudo pegado a las paredes para evitar las balas, y añadía algo mío o eliminaba pasajes que habrían podido exasperar aún más los ánimos. Sí, señores, plenipotenciario de paz; fui yo quien les convenció, es como si la paz la hubiese proclamado oficialmente yo, después de tantas extenuantes discusiones, sobre todo conmigo mismo. Sabía representarlos a todos y por tanto escuchaba a todos, sobre todo dentro de mí. La cabeza, en los momentos de confusión general, a menudo se convierte en una plaza llena de gente y agitación.

Entre esos libros, también una pequeña biblioteca de sexo, no menos

belicosa: «Haced el amor, no hagáis la guerra, no, no hagáis el amor porque el amor es guerra.» Aquellos libros, según una nota suya, debían ser incluidos evidentemente en la Biblioteca del Museo, imponentes, oscura y amenazadoramente sobre un mapamundi a sus pies, puesto en la boca de una gran mantis religiosa de cartón piedra, la cabeza del macho destrozada y comida después del breve coito, el mundo triturado por el eros, las Amazonas, la virgen armada Camila, Tamiri, reina de Escitia, que sumerge en la sangre la cabeza del rey persa, la putilla que te chupa y te deja vacío, preservativo flácido; también las santas, Juana de Arco que hizo matanzas —le está bien empleado que la hayan quemado—, una estúpida que creía que tenía que querer, quién sabe por qué, a los franceses más que a los ingleses o a quién sabe quién. La vulva dentada que da vida y muerte a los chamacocos de Paraguay, como Čerwuiš, el chamacoco llevado a Praga en los años de Kafka, no paraba de contar en las cervecerías de Malá Strana. Las estanterías —hay una foto, un poco desenfocada pero perceptible— estaban adornadas con ilustraciones de varios animales en danza o en lucha por el acoplamiento, mapas enteros repletos de mariposas u hormigas guerreras, insectos que penetran y atraviesan.

En otras cajas, toda la documentación —actas de procesos, comparecencias de los abogados, fotocopias de las sentencias— de la añeja y feroz causa entre dos primos suyos a propósito de la herencia de un piso en Gorizia.

«El derecho civil, el campo de batalla más feroz.» Y no el penal, cosa de risa en comparación. Sí, de acuerdo, asesinatos, crímenes, pero al menos con pasión: amor, celos, venganza. En derecho civil, en cambio, hijos que expolían a los padres, un hermano que deja morir de hambre a otro hermano por un miserable pedazo de pan, cónyuges que se inhabilitan y se envían al manicomio por un piso de tres dormitorios, familiares que se odian y se hacen daño como esos dos primos míos. Ver *El coronel Chabert* de Balzac. Peor aún, cuando los testamentos, legados y apropiaciones debidas o indebidas se refieren a los despojos de los poetas reclamados por quien dice ser el único y el verdadero heredero, sobre todo espiritual, el único o la única intérprete. Los papeles póstumos de los poetas, que acaban rasgando quienes tiran de ellos en todos los sentidos. Los cónyuges y familiares reclaman su legítima posesión, amigos y amantes oponen a la retórica de la legitimidad la retórica de las pasiones irregulares y de los testimonios íntimos, viudas o viudos pelean con antiguos rivales, mujeres que se meten a sibilas custodian dichos y anécdotas como fragmentos de un evangelio, y hombres que se erigen en exegetas establecen una

pretendida verdad definitiva, fundaciones y autoridades los reclaman para el bien público y la construcción de la sociedad.

Los restos de los poetas, continuaba, dan mal olor, como billetes de banco sudados y húmedos de pasar de mano en mano; demasiadas manos que los agarran, los retienen, los restriegan. Avidéz del espíritu, más feroz y agresiva que la de la carne y del dinero. No es que los animales sean mejores, como se dice. Pero al menos no tienen abogados, jueces, codicilos; no inventan vicios de forma ni conmovedoras y nobles engañas para el corazón y, sobre todo, no pretenden, cuando devoran o cazan, ser justos.

Sala n.º 5 (para la n.º 4 ya se verá, todo depende de si se consiguen los dos jeeps, alemán y americano) — AB41, carro blindado del ejército italiano en la Segunda Guerra Mundial, también utilizado por la Wehrmacht en los Balcanes y en especial en el norte de Italia. Armado con un cañón Breda de 20 mm y con una ametralladora coaxial de 8 mm colocada en una torreta, además de otra ametralladora de 8 mm orientada hacia atrás. Tracción en las cuatro ruedas, causa de esporádicos inconvenientes. Ruedas de repuesto colgadas a los lados con rotación libre con el fin de ayudar al vehículo a avanzar por un terreno irregular y permitir que se superasen los obstáculos incluso elevados. El vehículo puede equiparse con ruedas capaces de rodar sobre las vías del ferrocarril; en algunos casos también se dotaban de defensas para limpiar los objetos de las vías. Seis marchas hacia delante y cuatro hacia atrás, un asiento de conductor delante y otro detrás, por lo que dos miembros de la dotación deben ser conductores. 7.510 toneladas de peso, 5,21 metros de longitud, 1,93 metros de ancho, 2,48 metros de altura. Tripulación de cuatro personas (dos conductores, un artillero, el comandante). Motor FIAT de 6 cilindros de gasolina; velocidad de 78 km por hora, autonomía de 400 km. Utilizado sobre todo por las unidades antipartisanas en Yugoslavia.

Abajo a la izquierda, apoyada sobre la rueda lateral del carro blindado, la fotografía de una casa en llamas y de gente que, más atónita que desesperada, la está mirando.

En San Pietro del Carso, los alemanes, junto con un par de pelotones italianos, encontraron a un buen número de eslavos afiliados al Osvobodilna Fronta, yo actué como intérprete y sellé muchos documentos que acreditaban que aquellos eslavos eran buenos, ajenos a la política, así es que un buen número de personas me debe el haberse librado. A cambio me daban alguna cantimplora,

cinturones, también unas cuantas cajas de municiones, un par de «pasapurés», las granadas alemanas modelo 24 de las que se habían adueñado los partidarios de Tito. Los partisanos bloquearon el tren y liberaron a los presos que se escaparon por los bosques, también hice un buen boceto del tren y de la emboscada; y así, en mi opinión, no en la del coronel, no es cierto que yo hiciera aquel dibujo para ayudarlo a averiguar dónde podrían estar los refugios escondidos de los partidarios; de hecho, él no entendió nada. Cuando los alemanes llegaron, la gente huyó vistiendo su mejor ropa para salvarla, había uno que tenía tres chaquetas, una de fiesta.

Los alemanes prendieron fuego a las casas; en realidad sólo a una, no a tantas como se dijo más tarde; sólo había un anciano y su esposa, tan vieja como él, los otros estaban un poco más lejos, asustados, a tiro del carro blindado; contemplaban la casa en llamas y lloraban. Hasta los soldados italianos lloraban al ver a aquellos dos ancianos, más que por las dos mujeres asesinadas semanas antes por los escuadrones que llegaron de Trieste. Y en Kočevje, cuando fusilaron a algunos del batallón Tomšić, tomados por espías, también recogí todo y anoté cuanto pude. A cada uno su trabajo, ellos mataban y yo recogía y ordenaba los cinturones y las botas de los cadáveres. Me gusta mucho el orden y por lo tanto la paz. Incluso prefiero las flores asexuadas, mejor aún si están disecadas. Mi esposa lo entendió de inmediato, bueno, bastante pronto; es una suerte haber encontrado una mujer comprensiva (de la libreta n.º 26).

Todos terminan por encontrar una mujer comprensiva, se dijo Luisa a sí misma mientras, después de cerrar el gran portón —ya era tarde, no quedaba nadie—, volvía a casa. Es lo contrario lo que es difícil. También ella, por ejemplo, a fuerza de comprender... estaba cansada, aquellos papeles la habían aturdido. Un frenesí forzado en el que, de vez en cuando, destellaba algo que se le escapaba. Todo ese papel, confuso, que se multiplicaba; papel secante, como el de la escuela, que seca las manchas de tinta y el corazón. El papel produce sed, hace sudar, un sudor ácido. Le provocaba una sensación de aturdimiento y la percepción de un desagrado intangible, como la migraña.

Sí, cada vez entendía mejor por qué aquel hombre había odiado el mar, absorbido como estaba por el papel, habiendo descendido en aquella interioridad cavernícola con sus paredes viscosas, sus rincones y recodos donde se condensaban fobias y obsesiones tenaces, los residuos de todas las fijaciones. El mar libera, el papel con sus frustrados fantasmas se curva en una barquita que desaparece en el horizonte entre la espuma de las olas. Sin embargo, cuando ella salía de la oficina, después de horas dedicadas a aquellos papeles, las páginas se le pegaban al cuerpo como la ropa interior sudada.

El mar, abandono, desnudarse, hacer el amor, perderse. No conseguía imaginarlo desvestido, desnudo, y mucho menos arrullado por las olas. ¿Y ella? Se preguntó mientras se desnudaba y se metía en la cama. Aunque bajo las sábanas, como siempre, estaba casi desnuda, sólo un ligerísimo camisón, no se sentía liberada de la ropa, al igual que cuando se la quitaba en la playa o en la escollera de Barcola. La desnudez es una manera de ser y las mujeres, aun ávidamente autorizadas y hasta incitadas, casi obligadas a desnudarse, nunca podían estar verdaderamente desnudas, nunca ser sólo ellas mismas. Esto significa ser una mujer comprensiva: saber el vestido que debes llevar según la

necesidad del hombre, entender lo que él necesita que seas y convertirte en ello, sin cambiar nunca más y olvidarte de lo que una vez quisiste ser. Y ayudar a las otras mujeres a olvidarlo también ellas. Sobre todo, si eres madre, a tu hija, a tus hijas.

Eso hacen todas. O al menos lo hacían antes. Tal vez no todas. Luisa tenía en ocasiones la impresión de que su madre habría querido mantenerla siempre entre algodones, como para protegerla de quién sabe qué. Tal vez de convertirse en una mujer comprensiva. Tal vez para su madre había demasiadas cosas horribles que comprender; mejor no entenderlas, ni intentarlo siquiera, mejor cerrarse en sí misma, manteniéndose entre algodones, sin permitir que nadie deslice la mano dentro y llegue a tocarle el corazón. A veces los algodones ahogan, hacen daño. También los zapatos apretados hacen daño. Quién sabe qué la apretaba cuando le comenzaba la migraña.

HISTORIA DE LUISA I

El amor y la migraña... A veces podía resultar difícil advertir el primero en su madre, arisca y cerrada como era. La migraña era más visible. Caía sobre el rostro de su madre y lo aferraba como a una presa, tensándole la piel de la frente. A menudo. Por ejemplo, sucedió cuando Luisa había empezado a pedirle, con la petulancia de los niños, que le hablara de la abuela Deborah, que —según había oído— había arriesgado todo para ocultarla. Era el último año de la guerra, cuando los nazis dueños de Trieste se volvían cada vez más violentos en la ciudad ya fidelísima a los Habsburgo y ya italianísima y convertida en *Adriatisches Küstenland*. Se lo había dicho el tío Giorgio —tío abuelo, para ser exactos— una vez que estaban solos y él había empezado, con una extraña desazón y al mismo tiempo un evidente, punzante deseo de hablar de ello, a contarle cómo la abuela Deborah —el abuelo Daniel había muerto muchos años antes, antes incluso de las leyes raciales— había cruzado con su hija (Sara tenía catorce años) las líneas alemanas, atreviéndose a pedir refugio de la lluvia en una barraca de soldados de la *Wehrmacht* que vigilaban el camino, y había conseguido de este modo llegar al campo de *Savudrija*, en la punta de *Istria*, y a la familia que acogió y escondió a la niña. La familia de la vieja Anna, que había trabajado como sirvienta en su casa (era ella, sólo ella la que lograba que comieras y durmieras cuando eras pequeña, le había dicho la abuela a Sara). Madre se nace, agregó, como se nace poeta. Tu abuela salvó a tu madre, dijo el tío Giorgio, y por lo tanto también a ella le debes tu vida, no lo olvides. No, repitió con una extraña obstinación dolorosa, no lo olvides.

En la casa de la vieja Anna en medio de prados y bosques a orillas del mar, cerca de *Savudrija*, en el otro lado del golfo de Trieste, Sara —le dijeron que a partir de ese momento ya no se llamaba Sara, sino Laura— lloró cuando su madre se fue. Cuando se fue para siempre, pero entonces no podía saberlo. Pero después fui feliz. Se había atrevido a decirlo, recordó Luisa, sólo que mucho más tarde, años después; fue la única vez que hablaron de aquello y pronto se calló,

mientras que la cara, al final de esa breve frase, se agarrotaba y apagaba, una piedra iluminada por el sol de la que se retiran los rayos como lagartos. Feliz mientras permaneció allí, porque después, cuando regresó a Trieste al final de la guerra, era otra la que seguía viviendo, otra con la que no tenía casi nada en común. ¿Hasta cuándo, feliz? Entre aquel mar y aquel cielo era difícil, imposible contar el tiempo; era siempre sólo un día, una hora de verano. Sí, feliz. Feliz e ignorante.

¿Ignorante de qué? No sólo de la guerra, como comprendería más tarde; no sólo de la muerte en el aire, de la feroz congoja del mundo. El mar es azul, una luz deslumbrante; cuando reverbera en el calor del mediodía su esplendor ciego, es una oscuridad en la que no se ve nada, como en la noche. Tres apóstoles siguen a Jesús a la montaña —la vieja Anna había servido muchos años en casas de judíos, pero no por eso había dejado de lado su fe católica y campesina, inextirpable como una raíz nudosa, y todos los domingos, excepto cuando las bombas y los cañonazos estaban demasiado cerca, había llevado a Sara, no, a Laura, a misa, a rezar y a escuchar sermones y lecturas—, tres apóstoles siguen a Jesús a la montaña que resplandece como el sol, una nube brillante tan blanca y tan luminosa que casi no ven nada más. Y Sara, con el deslumbramiento del mar, no ve nada más. No ve las cosas, no ve la muerte que madura en ese esplendor como un higo tierno y sangriento; en ese fulgor, durante un momento —un larguísimo momento— todo es perfecto y feliz. La niña corre por la playa, sola o con otros niños, gaviotas asustadas levantan el vuelo desde el agua y desaparecen en esa luz en la que todo desaparece, las olas se rompen blancas en las rocas y sólo se ve el blanco de la rompiente, todo sonrío feliz, incluso el pez que se estremece despedazado por otro más grande.

En otra parte, detrás o encima de aquella luz y de aquella agua fundidas en un único temblor, se lucha, se dispara, se mata; se muere, se quema a la gente del otro lado del golfo; están solos en un inmenso miedo, niños en la noche bajo rayos y truenos, pero en aquel mar eso no se sabe, no se siente, no existe. Existe sólo la felicidad de los pies descalzos en el agua de la orilla, la marea que se retira dejando en la arena alguna concha blanca, maravillosa tumba vacía; el pequeño cangrejo que corre hacia el mar en retirada, un soldado perdido que sigue a su regimiento en fuga y muere en su carrera. También jugar cruelmente con el pequeño cangrejo, aplastarlo, es sólo felicidad y placer; Sara sabía abrir los erizos de mar todavía vivos sin pincharse con sus púas para extraer su carne jugosa, tan rica en la boca, aunque a veces se mezclaba con un poco de sangre de

los labios que habían mordido una espina oculta.

No, lo que acabó con todo no fue sólo el brusco final de la infancia ignorante de la guerra y de la vida, o sea de la muerte, cuando, terminada la guerra, el tío Giorgio y la tía Nora fueron a recogerla y a llevarla de vuelta a Trieste. Tenía que haber algo más que surcaba con la punzada repentina de la migraña el rostro de su madre y lo esculpía con esa expresión oscura y perdida que la hacía extraña a Luisa; el tic de la piel de la frente que se tensaba y descomponía el rostro, como una piedra deshace un rostro reflejado en el agua.

Había sido el final de otra ignorancia lo que borró del corazón de su madre el gran azul de aquella bahía, donde había vivido sin imaginar siquiera que existían otras cosas en el mundo que el azul, el olor del salitre y de los pinos, aquella felicidad. Cuando los tíos fueron a recogerla —meses después de acabar la guerra, cuando con el establecimiento del Gobierno Militar Aliado en Trieste y la retirada de las tropas yugoslavas, la situación en la ciudad, siempre tensa y a veces incluso violenta, estaba, al menos en parte, normalizada—, Sara se había dado cuenta de que no volvería a ser feliz, nunca más; lo había sentido sin tristeza, como se reconoce una ley, que podía perjudicar, pero se aceptaba, como cuando murió Ciuki, el perro de la vieja Anna, que, sin embargo, no había desaparecido, y no era sólo lo que quedaba de él bajo la hierba del prado, cerca de la tapia. Me voy, pero la bahía y el faro y aquellas rocas que afloran como criaturas marinas están aquí; *están*, para siempre, y entonces todo va bien, tal vez ni siquiera me marchó de la bahía, como me parece, sólo voy a otra parte de la bahía, todo es la bahía y todo está en la bahía.

La vieja Anna lloró todavía más que ella, que cuando la abrazó se sintió aún más parte de la bahía, aunque estaba marchándose. Quizá también su madre —del padre apenas se acordaba—, pensó Sara cuando llegó a Trieste y fue recibida en casa del tío Giorgio y la tía Nora, está en algún lugar de la bahía; no importa si no la veo, es como cuando jugamos al escondite y tampoco Giovanni y Marco —ahora Ivan y Marko— me ven, como no los veo yo ahora; han desaparecido, y sin embargo están. Sabía, aunque sólo vagamente, que su madre había muerto; le dijeron que había muerto al final de la guerra, todavía no sabía de las personas que se habían convertido en hilos de humo. No se lo dijeron de inmediato, por supuesto, para no impresionarla, pero estaban equivocados. Habría sabido y sentido igualmente que su madre estaba en el aire, que era el aire a su alrededor, como una vez fue el agua, el mar en el que ella nadaba. Sólo más tarde, cuando preguntó por alguna noticia, algún detalle, las aguas maternas empezaron a

secarse y comenzó aquel dolor de cabeza. Lo que más tarde se convirtió también en el mío, pensaba Luisa.

En casa de la tía Nora y el tío Giorgio casi nunca se oía hablar de la abuela Deborah. Una palabra alguna que otra vez, cuando Sara preguntaba insistentemente y no se podía evitar. Había pedido una fotografía para ponerla sobre la mesilla o en el aparador y, tras un sinfín de idas y venidas, le dieron una; no un retrato, sino una foto de grupo en la montaña, Deborah con tres o cuatro amigas, una pequeña fotografía que había que mirar con mucha atención para distinguir una cara de otra y reconocerla. Tal vez sea bueno, pensó la niña ya casi adolescente, que no se hable, que no se quiera hablar de la muerte, del humo que salía de vez en cuando de la chimenea de la Risiera, de la que algo había oído, porque si no se deja de hablar de ello se continúa respirando, se termina por respirar sólo ese humo sin darse cuenta, y por morir, al menos por dentro, como se lee algunas veces de alguien muerto por las emanaciones de una estufa.

Incluso a Luisa le parecía percibir en ocasiones el olor que había obsesionado a su madre, una vaharada que no sabía de dónde llegaba, quizá de los altos hornos de la Ferriera, la vieja y reluciente planta siderúrgica frente al mar, hacia Muggia, que producía hierro colado; el humo de la combustión de coque en contacto con los óxidos de hierro que, decían cada cierto tiempo los periódicos, había sido la causa de la muerte de más de un trabajador. La Ferriera no estaba lejos de la Risiera. Por supuesto, a diferencia de esta última, las muertes habían sido un daño colateral, inevitable por otra parte, como se explicaría más tarde, para el empleo y el bienestar de la ciudad. A veces le parecía que el hedor, pronto disuelto, procedía de dentro de ella, un mal aliento del corazón. Pero tenía que pensar en el trabajo. Una de las piezas que debía colocar a continuación era el hacha de Chamacoco, poca cosa en comparación con un cañón anticarro o un lanzallamas, pero cuando el hacha abre una cabeza...

Sala n.º 15 – Arco para flechas, hondas para lanzar bolas de barro secadas al sol, y hacha de guerra, utilizados por los chamacocos, población indígena que vive (¿viva, extinta?) en el Gran Chaco, entre Paraguay y Bolivia, más Paraguay que Bolivia, como ha decidido alguna guerra, toda frontera es hija de la guerra. El arco varía entre una longitud de 1 metro y 55 cm y un máximo de 2 metros; la cuerda —una única cuerda, tensada entre los dos extremos— es siempre de fibra de ibirá, las flechas (de madera) de una longitud de 1,20 m por término medio. La flecha se compone de dos tercios de una vara redonda de madera ligera, con unas aletas de pluma en la base, dispuestas en hélice. El remate de la flecha es una punta de madera muy dura, pesada e irregular, encajada en la varilla. La honda, con la que se lanza bolas pequeñas de barro bastante duro, es semicircular, lisa en el interior —a excepción de una redondez en el centro, 7-8 cm— y apta para ser agarrada con la mano. Los extremos de la cuerda, doble, se mantienen abiertos por dos pequeñas varillas de madera. El hacha de piedra verde adornada con plumas, con mango de madera nazareno (*Bignonia*), probablemente proviene de los tumaná, otra población india.

UN CHAMACOCO EN PRAGA

Arcos y hacha de Čerwuiš Piošad Mendoza, el indio chamacoco que el célebre explorador, etnólogo, antropólogo y botánico Alberto Vojtěch Frič (1882-1944) lleva en 1908 a su Praga desde Paraguay, para curarlo de una enfermedad desconocida que estaba diezmando su clan, el clan Ishira, en el territorio próximo a la fortaleza de Bahía Negra, donde Frič llevaba a cabo sus investigaciones. *Ancyclostoma duodenale*, habían descubierto los médicos de Praga, toda la culpa de ese parásito nematodo hasta entonces desconocido (lombrices en el culo, había anotado él a vuelapluma cuando recogió esa historia en el cuaderno n.º 67). Reptan en la jungla de bajantes del cuerpo humano, se deslizan invisibles por los canales fangosos del duodeno, serpientes de la noche que llevamos dentro de nosotros, Oleix deič, la gran diosa serpiente acuática con cuatro cabezas de los chamacocos que nada en el fondo del Pilcomayo. A lo largo del río, las hembras se aparean con los animales (äku, se dice en chamacoco) —con el jaguar, con Bosifíbo, el pájaro hijo de la lluvia que lleva las tormentas del este—. Nuestro zoológico, dijo el doctor Wedlin a Frič, cuando le presentó a Čerwuiš en el hospital, es más vasto y rico... Hasta el microscopio más tosco ilumina la selva oscura que prolifera en nosotros; basta con situar el objeto, un coágulo de sangre o de heces sanguinolentas, a una distancia comprendida entre la focal y el doble de ésta y colocar los oculares de modo que la imagen enfocada por el objetivo caiga entre él y su foco para que emerja la imagen virtual, invertida y agrandada. El nematodo se dilata, se retuerce, la diosa serpiente nada en el ciego río de las entrañas, se acopla, no es escrupulosa y no se preocupa del sexo o de la especie. Todo penetra en todo, el mosquito se introduce en la cloaca del caimán, dioses de la noche de muchas cabezas y brazos duermen en la oscuridad del cuerpo como la lombriz de Čerwuiš y cuando despiertan perforan las paredes de las galerías, las riberas del río. Allí dentro, allí abajo, todo se derrumba; microscópicas guerras estelares, se desmoronan mundos, un universo, un hombre, se desintegra, explota y muere.

Tiniebla profunda bajo la piel —blanca, color terracota o pintada de rojo urucú, como Čerwuiš en su selva—. Oscuridad de nervios, huesos y mucosas bajo la piel descolorida, buena para la foto del pasaporte. En esa oscuridad, los gusanos infectan, perforan; flechas envenenadas de cerbatana se clavan en el páncreas, devoran, son exterminados por fieles legiones de anticuerpos, la guardia muere pero no se rinde. Si no hay suficientes tropas regulares estacionadas en los puestos de avanzadilla perdidos del colon o del intestino ciego, participan con bombardeos las fuerzas especiales —pastillas que revientan y se funden como torpedos en las aguas negras—, hacen saltar los diques, una inundación liberadora arrastra los obstáculos, el último tapón explota y el lógamo pegajoso y marrón amarillento, millones de esputos de veneno, bacilos muertos flotando invisibles en ese estuario violento. Calomelanos y santonina como el napalm y Čerwuiš está a salvo, curado.

El hacha con mango de madera nazareno tiene en el centro una excrecencia aguda, como el clavo en el casco prusiano de la sala n.º 35, ¿prusianos de la Amazonia? El hacha —dice una de sus notas— la había obtenido por un pariente bohemio de su madre, el doctor Huláček, que la había comprado por una miseria en una de aquellas periódicas ventas, donde Frič, siempre corto de dinero y envuelto en proyectos inevitablemente fallidos —su tío Antonín, el eminente zoólogo, había instado a no darle ni un céntimo, incompetente como era—, se veía obligado a deshacerse de sus colecciones, incluidos los famosos cactus que lo habían hecho famoso e influyente en toda Europa, las cajas de plantas, pieles de animales y trofeos que había traído de Paraguay. El hacha se la había dejado Čerwuiš en Praga, cuando regresó a Bahía Negra, donde desapareció un par de años más tarde, muerto quizá en la sangrienta guerra entre Bolivia y Paraguay en la que, más que bolivianos y paraguayos, terminaron masacrados los chamacocos, inseguros y sobre todo indiferentes al hecho de ser bolivianos o paraguayos.

La cabeza toscamente tallada en el mango del hacha, con sus ojos estrábicos y lúbricos, chupaba una especie de obscena papaya. La había tallado un marinero de la Royal Navy, para revendérsela a alguien al que engañaría con aquellos retoques, y Čerwuiš podía haberla conseguido de ése mientras remontaba en alguna embarcación el río Paraguay durante la migración de los peces, tal vez con la esperanza de endilgársela a otro por un par de pesos, ya que, por supuesto, él se había dado cuenta enseguida de que la cabeza era falsa. De todos modos, «una pieza simbólica para mi Museo, un arma de guerra para la paz, que no se ha

clavado en la cabeza de nadie».

Durante la conferencia sobre la cultura de los chamacocos que Frič pronunció en Praga para ganar algo de dinero, Čerwuiš mostró, bailando, cómo se usaba el hacha, sin utilizarla de verdad. Simular, contar la guerra; jugar a la guerra, para no hacerla. Los soldaditos de Popel... Čerwuiš agitaba el hacha cortando sólo el aire; parecía hacerlo sin orden ni concierto, sin embargo, se trataba de una gramática precisa, fijada en siglos de bosques y nubes de mosquitos en Paraguay, danza de guerra, de lluvia o de amor, el hacha ordena la fecunda cascada que disuelve las nubes esponjosas o la muerte que abre una cabeza como un coco. A Frič, aunque había sido nombrado miembro correspondiente del Museo de Antropología y Etnografía de San Petersburgo y era autor de libros sobre los indios y los cactus venenosos, así como de libros de aventuras exóticas para jóvenes, le costaba destacar en Praga, a diferencia de lo sucedido en el río Pilcomayo, ya que había sido el primero en recorrerlo desde las fuentes hasta la desembocadura.

Pero nadie quería sus treinta cajas llenas de plumas, pieles, plantas exóticas marchitas y disecadas, diarios de viajes, fotografías de Mato Grosso. Así es que Frič no lo pasaba demasiado bien, aunque en Vikárka, más vinatería que cervecería, le servían cerveza a crédito y a voluntad y las academias de media Europa le concedían títulos honoris causa. Por eso había decidido ganar algo de dinero con la celebración de conferencias públicas en Žofín para la Unión de Periodistas, en las que hablaba de cómo los chamacocos hacían la guerra contra los tumraha, de cómo se usaba el hacha, se rellenaba la pipa de la paz, se bailaba la danza de guerra y se cantaba la muerte de los que iban a reunirse con los antepasados, mientras a su lado Čerwuiš, el chamacoco vestido de chamacoco, ilustraba sus palabras como en un belén viviente, haciendo gestos de combate, movimientos de defensa, saltos, golpes, estropeando en ocasiones la mesa del conferenciante con el ritual del vaso de agua o aferrándose a las cortinas del fondo de la sala, que también acabaron cayendo una vez junto con la mesa.

Vibraba el hacha con movimientos relampagueantes, golpes mortales lanzados contra millones de microorganismos invisibles al no tener a tiro a algún enemigo tumraha al que partir el cráneo y, sobre todo, al ser él un hombre de paz que mata sólo en la guerra y sólo a enemigos a los que se ha declarado solemnemente la guerra, como se hacía antes, por lo menos entre ellos, en las civilizadas poblaciones del Viejo Mundo excepto —decía una de sus anotaciones— en el Nuevo Mundo, el viejísimo de Čerwuiš. Éste, apagada su pipa, sacude el

hacha o tensa el arco con gestos que le dicta una partitura desconocida, grabada en sus miembros como marcas de cuchillo en la corteza de un árbol y ejecutada con sus movimientos, gestos que se entrecruzan en el aire, dibujando fugacísimas pero regulares figuras geométricas.

Una señora —pocas entre el público— considera que debe indignarse cuando la sacudida rítmica de la ingle excede cualquier decencia, pero es mucho peor cuando el consejero Wondráček, de suyo adusto y quisquilloso, se marcha de la sala protestando porque una bola de barro, disparada por el arco con una precisión infalible en la imitación de la lucha, golpea el respaldo de la silla vacía delante de él, a pocos centímetros de sus gafas y de su bigote. «En la lengua de los chamacocos las oraciones fúnebres no consisten en palabras, sino en gestos», explica mientras tanto el orador, o sea, Alberto Vojtěch Frič, quien evidentemente no avanza al ritmo de Čerwuiš, que se esfuerza, en cambio, por imitar la ceremonia nupcial y el coito.

Es probable que haya sido Čerwuiš, alterado por las luces y el busto de mármol del profesor Beláčik, arqueólogo que lo mira con el ceño fruncido desde el fondo de la sala, el que se desorienta y pierde el ritmo del discurso de su benefactor y protector, que habla en la lengua de los chamacocos en la cual, señoras y señores, para expresar la negación se usa el futuro, que pertenece al modo «no indicativo». Para decir «él no ama», silabea Frič, se dice «él amará». Con esto no se pretende afirmar la certeza, ni la probabilidad o la esperanza de que algo vaya a suceder más adelante —en el ejemplo citado, que ese él se enamore mañana—, sino simplemente señalar una ausencia, una negación. El chamacoco, como el ayoreo, que también pertenece a la familia de las lenguas zamuco, es una lengua *tenseless*, conoce un solo tiempo verbal. En compensación, hay dos cuartas (y quintas) personas del pronombre personal: *eyok*: nosotros, si somos pocos; *eyok-i-lo*: nosotros, si somos muchos. Por así decirlo, muchos, si se piensa que los chamacocos son en total alrededor de mil seiscientos.

Eyok... los ojos rasgados y expresivos de Čerwuiš, sobre los pómulos prominentes, miran inquietos, pájaros acosados. *Olaki-lo*, todos ustedes, la multitud sentada que lo mira. Serán como máximo una veintena, pero él no hace estas cuentas, sólo sabe que son muchos; cuando muchos están juntos es para ir de caza o a la guerra y éstos no parecen ni guerreros ni cazadores, pero si baten las palmas es para acosar alguna presa. De hecho, se amontonan alrededor de su amigo, le cogen las manos, lo agarran. La primera vez, Čerwuiš saltó en medio

de ellos y tiró a dos o tres al suelo. Ahora sabe que es una manera de rendir homenaje a su amigo pero, de todos modos, no le gusta, siempre puede haber una emboscada; también los tumraha fingieron una vez que llegaban a una fiesta con regalos y en su lugar sacaron la hachas, en cualquier caso, ten cuidado. La próxima vez se teñirá la cara de azul, un azul turquesa. Su gente se pinta para manifestar si está feliz o triste o enojada; él se pondrá el color de la paz tranquila, así no estarán en guardia. Él sabe cómo luchar, *t-a-tskir*. Él amará, continúa mientras tanto Frič, esto es, no ama. El futuro es un gran *no* que precede a toda palabra, a todo; es lo que no es, la nada.

También el futuro del pueblo de Čerwuiš, Frič lo sabe bien, es el no ser, la negación. El Viejo Mundo descubrió el Nuevo Mundo para destruirlo. Sesenta años después de la llegada de los europeos a las Américas, de los ochenta millones de indios sólo quedaban diez. Y los indios siguen muriendo también ahora, como los chamacocos. Caían como moscas, cuando yo estuve allí para buscar plantas, y nadie entendía nada. Quizá salve a mi Čerwuiš, para eso me lo he traído conmigo. El propio Čerwuiš sabe que el joven doctor Wedlin, graduado en Viena, ha visto de qué se trata. Tal vez cuando lo lleve de vuelta allí todos los demás estén muertos. Uno de mil seiscientos, en todo caso, sería ya un buen resultado, cuando se lucha con el amigo Hein, como lo llaman los alemanes. O la Comadre Seca, como diría Boggiani, el único que sabía tal vez incluso más que yo de los chamacocos y se cruzó con la vieja dama mientras se divertía — precisamente en el pantano del Chaco donde acabaría para siempre, convertido él mismo en pantano— con otra mujer, mucho más joven, más carnosa, roja de piel y menos vestida; no se piensa, en tales circunstancias, que pueda ser una avanzadilla de la Comadre. Se revolcaron en el pantano y el asunto no gustó a algún indio, por lo que él, el gran explorador y fotógrafo acicalado hasta en la selva, fue despedazado antes de haber encontrado a los famosos indios barbudos de la selva, que nunca existieron, pero que él, por supuesto, iba a fotografiar. Se convirtió en tierra y fango y gusanos. Como todos los demás.

«No es que sean tan extraños y exóticos, estos chamacocos suyos, querido Frič», le felicitó al final de la conferencia Anastasius Taussig, secretario de la audiencia. «Incluso sin sacar a relucir a los huzul de Galitzia o a los bodol de Carnaro —los bodol incluso cantan el *Gott erhalte*, yo los oí cuando llevé unos papeles al juzgado de Krk o Vegl—, como quiera, de todos modos los

documentos eran asunto de los húngaros, no nuestro, y esos bodol son más fieles a nuestro Proházka que, Dios lo guarde, nuestro emperador y que los vieneses, por no mencionar a los tiroleses y a todos aquellos alemanes de Austria que son los menos austriacos de todo el Imperio. ¿Le parece, digo, que nuestros Polacken, con sus violines y la hora, son mucho menos extraños que su pequeño gusano? Su Červíček, digo, como lo ha llamado por su piel ese otro amigo suyo, Jindřich Mošna, también escritor, y cómo no, ¿quién no es escritor en Praga?... Sí, querido Frič, tal vez Červíček pueda tirar un poco más con las pastillas, aunque no se dice, pobre gusanillo; la humedad que sube del Moldava es más mefítica que la de su Pilcomayo, muchos más cadáveres lo han contaminado durante siglos, sin que caimán alguno los haya hecho desaparecer de inmediato para beneficio de la salud de todos. Nosotros ya estamos acostumbrados; más aún, el aire húmedo de tanta muerte nos va bien, nuestros pulmones ya no podrían respirar un viento seco y puro, resopláramos y jadearíamos. De todos modos, mejor las cantilenas que Červíček canta por las calles de Malá Strana, balanceándose con su llamativa manta, que la *Wacht am Rhein* de algunos estudiantes con más cicatrices en la cara que Červíček. A esos idiotas que se creen alemanes y quieren la Alemania über Alles les gusta enarbolar el sable; como ve, en todas partes cuecen habas, parece que una cicatriz en la cara, poco importa si de sable o de hacha, hoy le va bien a todo el mundo...»

Según parece, Čerwuiš había levantado de verdad el hacha contra alguien en dos ocasiones. Contra los policías, cuando le pusieron las manos encima, creyendo que se burlaba al inclinarse ante sus sombreros emplumados, que entre los chamacocos sólo los llevan los jefes y los hechiceros. Incluso sin hacha, que uno de ellos le había arrancado de las manos, se había quitado de encima a tres de ellos en un empinado callejón de Malá Strana en el que era difícil saltar sobre todos ellos a la vez, antes de que pudieran esposarlo y llevarlo a la comisaría, de donde Frič luchó para sacarlo, contando toda la historia y, ya que estaba allí, extendiéndose en las costumbres de los chamacocos, en sus fiestas religiosas, en cómo las mujeres saben luchar ferozmente pero no pueden comer carne de venado reservada a los hombres, que comen además algunos grandes peces del río, se los meten vivos en la boca atravesados y les despedazan el lomo con los dientes. También trató de pagar en efectivo la multa por la pelea o bien ofreciendo un par de libros que había escrito sobre los indios y sobre las

serpientes de Mato Grosso, hasta que el comandante de la guardia, que estaba ya harto de todas aquellas historias de las que no entendía nada, pero que miraba afable a Čerwuiš, porque al menos no era un gitano, puso a ambos en la calle y ellos se fueron melancólicos a casa en la calle Náplavní, a dormir entre las cajas y las cabezas disecadas de puma y de lobo rojo amontonadas por Frič, con Čerwuiš que repetía canturreando «Polizei tupurumba», palabra que el educado Frič se negó siempre a traducir.

Con Vlado Šmolka —que se ganaba unos céntimos haciendo siluetas de la gente en el Café Tůmovka— la cosa fue un poco más seria. Vlado pedía diez krejcarý por cada silueta, pero cuando entró Čerwuiš, que había aprendido a amar el agua áspera, como llamaba a la Staropramen, la cerveza de Šmíchov reina de Praga, no le pidió nada, aún más, le pagó la cerveza para que posase. Čerwuiš se sienta, entiende que le están haciendo un retrato y se siente orgulloso; ya Král —el famoso pintor Král, el del Café Louvre— le había hecho uno poco antes y él se había reconocido en aquella cara color corteza, en aquella melena que lo cubría por encima de la manta colorida con rayas simétricas, en los ojos sorprendidos y amenazadores que se fijan en lo desconocido.

Pero cuando Vlado, después de unos minutos, le muestra la silueta, él no se reconoce en aquel perfil, nunca se había visto de perfil; la frente accidentada, la nariz que empieza a descender aguilena y luego se achata y ensancha no son su cara. Son la máscara de un demonio, un infernal dios Anabson que sale de las aguas del Pilcomayo para vengarse de los chamacocos. Dónde está entonces su cara, él la quiere; si alguien se apodera de la cara de otro lo esclaviza, puede destruirlo. Yo buen ejemplar, grita en checo, ha aprendido algunas palabras; después vocifera en chamacoco, se arroja sobre Vlado, lo lanza al suelo y lo registra buscando su cara, esa cara que las aguas del Paraguay, del Pilcomayo y también del Moldava, que él contempla desde el puente de Carlos cuando va a espiar al Barbudo de piedra, no le han reflejado nunca desfigurado, aunque corran, porque su cara está siempre allí, en el agua que él mira, una luna aplastada que lo mira con sus ojos. La luna es amiga de los chamacocos, no es el maligno sol que seca y marchita, pero ahora no la ve, no ve la luna; su luna —su cara— no la encuentra y levanta el hacha contra Vlado para obligarlo a sacarla fuera.

Otros se le echan encima entre las sillas volcadas, no consiguen tirarlo al suelo porque él blande el hacha, pero sí logran empujarlo fuera; él arranca de un hachazo el papel con la silueta que alguien tenía en sus manos, pero cuando lo

sacan fuera, a través de la puerta giratoria, ve de nuevo, durante un instante —en el vidrio de enfrente primero y luego a su lado— la cara puntiaguda y malvada que se desvanece deformada. Así es que fueron capaces de hechizarlo, de ponerle otra cabeza en el cuello, la que se reflejaba en el cristal maligno, la cabeza de un espíritu del mal. Se empeña pero no logra romper esa imagen, ya desaparecida junto con el vidrio de la puerta que sigue girando como un remolino del río, pero más lentamente; él está entre las dos paredes de cristal, al fin los que desde dentro empujan la puerta lo arrojan a la calle.

Cae al suelo, pero se levanta, huye veloz, un guanaco desaparece entre las callejas de la antigua ciudad imperial. Antes de regresar a casa, corre al río y es feliz, el agua que corre reflejando su cara no se la lleva, su verdadero rostro ancho, terroso y oscuro, Šakuruku, buena luna nocturna. Yo buen ejemplar. Esta vez es Bohumil Kafka, el escultor que ayudó Frič a organizar su casa llena de cajas y hamacas, a pagar los daños al Tůmovka y a calmar a Šmolka, procurándole un par de extranjeros muy contentos de que les hiciera sus siluetas.

Čerwuiš, apoyado en una farola de la calle Chotkova, mira la pared. En la fachada del antiguo edificio desconchado, el gran portón abierto es negro, la boca de un río que emerge de las entrañas oscuras de la tierra bajo los árboles curvados sobre él; del friso de una cornisa sobresale un ángel dorado. Un fanal se enciende en la noche, el fuego reverbera en las ramas del negro bosque. Alguien se desliza en aquella boca, alguien sale de ella, los bailarines aparecen en el círculo de luz, vuelven a la noche, girando en la esquina. Incluso el bosque está lleno de trampas; el tronco bajo el pie es una boca que se abre con grandes colmillos y una sombra con manchas te pone las garras en la espalda, pero en el bosque no te dejan solo. Siempre hay muchos seres alrededor: ojos en la oscuridad, batir de alas, mosquitos en la piel. Todo vive; devora, pero vive. Por eso, para mantener las cosas controladas, hay máscaras, bailes, palabras mágicas. Pero aquí todo es de piedra. Muerta. No es la muerte que se produce, que asalta, que vive. Piedra muerta, cadáver exhumado. La pared está tatuada con grietas, guiños y muecas, la pintura se cuarteja como la mejilla de un leproso; tal vez la pared tiene también ese mismo mal que le roe las entrañas. Čerwuiš se mira los brazos, la piel manchada y seca; siente un espasmo en el estómago y se acurruca detrás de la pequeña estatua de una mujer con un manto azul y las manos unidas, en un ensanchamiento de la calle. No se puede, no se debe, está prohibido, él lo

sabe pero no puede contenerse, por otra parte también otros que no son chamacoco hacen lo mismo de vez en cuando, los ha visto. Dos o tres transeúntes lo miran, alguien dice algo, ahí está, por la esquina asoma la pluma de un gendarme. No quiere que le vuelvan a poner aquellas pulseras de hierro, como hacen cuando él persigue por los tejados a los deshollinadores negros y cubierto de hollín negro como los demonios Anabson, y lo llevan a esa casa grande y oscura de donde no se puede salir saltando por la ventana, como hace siempre en la casa donde está con Frič. Echa a correr, sin volverse siquiera para ver si alguien lo persigue. Corre, no sabe cuánto tiempo. Sin dejar de correr, mira hacia arriba, encima de él hay una ventana; trepa por la pared en la que el tiempo y el mal tiempo han labrado buenos apoyos, llega a la ventana, la rompe, pero la habitación está vacía y cerrada, sin puertas, por lo menos él no las ve, y entonces vuelve atrás, salta, es fácil, los árboles de la ribera del Pilcomayo son mucho más altos. Allí abajo sólo hay niños que llevan en la cabeza algo que se parece a una piel de mango; ríen, gritan y repiten una palabra que no entiende, algo así como *oyila*. Quizá lo han confundido con una mujer, con una de esas esclavas que tienen que recoger el agua en cántaros y que, terminada el agua, son asesinadas, pero no puede ser, él no es una mujer, tal vez su pelo largo ha hecho que lo tomen por mujer o tal vez no entiende esa palabra, *oyila*, *oyile*, *oyilen*, así es que escapa de allí lo más rápido que puede.

Una pequeña jauría feroz y alegre va tras él, no demasiado pero siempre peligrosamente cerca. No se trata de jaguares, sino de gatos y gatitos, pero también éstos arañan y no sabe qué hacer, porque a un puma o a uno de esos grandes y gordos jefes tumraha con plumas en la cabeza los golpearía contra la pared, pero con los cachorros no se puede, no se debe, tiene que protegerlos incluso si no se lo merecen y son más malignos que sus padres, se le suben entre las piernas como ratones y él, el asesino de pumas y caimanes, siente algo de miedo. Golem, eso es, golem gritan riendo, a por el golem, matemos al golem, arranquémosle la palabra mágica. Uno le pone una mano en la frente y lo araña como si quisiera arrebatarse algo que él no comprende, tal vez la vida que palpita en todas las criaturas y también, tal vez, en las de barro o de hierro o de tela que parecen muertas. Él los rechaza y se escapa, la pequeña y ávida jauría le pisa los talones, mientras un anciano, también con una piel de mango en la cabeza y unos rizos casi tan largos como su melena, dice algo en una lengua aún más extraña que la que habla Frič, pero se da cuenta de que está gritando a los niños y repite, también él, esa palabra, golem, y Čerwuiš comprende que esa palabra se refiere a

él, a lo mejor en esa lengua significa chamacoco. Pero sigue corriendo, vuelve la esquina y se adentra en un pasaje casi ciego, se esconde; los chicos pasan por delante corriendo y gritando, se dispersan.

Debió de ser Karel Krejčí quien inventó la historia de que Čerwuiš se encontró en el Café Savoy con Jizchak Löwy y otros actores del teatro ambulante yiddish. Karel se ganaba la vida escribiendo para el *Girotondo-giramondo*, una publicación de Brno, proyectos de viajes a países lejanos, viajes que nunca hacía, según parece ni siquiera llegó a ir nunca a Eslovaquia; cuando decía que se iba a Italia o a Marruecos, simplemente no se dejaba ver, se quedaba en casa. En casa de una tía. Nunca se casó. Vivir solo ya es demasiado, decía, imagínese dos; al cabo de un tiempo es como ser ambos hijos de un incesto, se suman sólo los rasgos recesivos y se vuelven idiotas, hipotiroideos con bocio espiritual o hipertiroideos frenéticos.

¿Y por qué tendría que salir de Praga para contar el mundo? Aquí en Praga está todo, el mundo e incluso algo más, y de más. Leía algunos artículos sobre Italia o Marruecos y luego garabateaba, napolitanizando o marroquinizando, las originales ocurrencias de Voskovec y Werich o la Virgen de Loreto, con su largo abrigo y el Niño Jesús en brazos, convertida para la ocasión en su historia en una Santa Carmela conservada en una pequeña iglesia de Pozzuoli; le gustaba pronunciar aquel nombre, sobre todo la segunda sílaba, uòli, frunciendo y sacando hacia afuera los labios como un culo de pollo. La riquísima custodia, gloria de Praga, con seis mil doscientos veintidós diamantes del legado de Ludmila Eva Franziska von Kolowrat y doce kilos de peso, le había dado la idea de poner en la cabeza de Santa Carmela una diadema, no, una coronita con un par de brillantes pequeños que, de todas formas, contaba, eran de vidrio tosco aunque reluciente, porque los brillantes auténticos —aseguraba— habían sido robados por un pintor al que las monjas llamaban para que diera una mano de pintura blanca cuando en las paredes de la iglesia aparecían manchas de humedad debidas a las cañerías rotas. O retocaba un poco algún episodio que le había ocurrido en Vinohrady, por ejemplo la historia de los carteristas, que él trasladaba a un café de la Place Clichy, cerca del cementerio de Montmartre. Con el paso de los años, ni siquiera se quedaba en la casa de su tía; iba a Smíchov y escribía entre una cerveza y otra el reportaje sobre la travesía del Atlas y la enviaba directamente a Brno, incluso después de leer en voz alta unas

cuantas páginas a los otros, todos un poco achispados. Quién sabe si también Frič, insinuaba, todas esas historias indias, el tío indio y la isla de las serpientes... A saber de dónde las había sacado y si las había encontrado él...

Pero eso fue después, cuando Červíček ya se había ido, en 1909, para ser precisos; fue en 1909 cuando Frič lo devolvió a sus chamacocos, curado y listo para ser masacrado poco después y no por las lombrices del duodeno. Así que la historia del Café Savoy es una trola, como la de Buffalo Bill en Praga con su circo; en realidad, nunca estuvo allí, y si circula ese rumor con tanta insistencia es sólo porque, a fuerza de desmentir tal patraña, se extendió hasta convertirla en verdadera o hasta hacer creer a mucha gente que era real. Tampoco importa demasiado, porque corre el rumor y se trae al mundo una historia.

Así pues, Frič lleva a Čerwuiš al Café Savoy. Mira a su alrededor, las sillas están a oscuras o casi, sólo al fondo se ve un claro iluminado y detrás del claro un bosque todavía más negro, del que sale alguien de vez en cuando haciendo ruido, a veces uno solo, a veces tres o cuatro, para desaparecer de nuevo en la espesura del negro bosque. Cuando entran ellos dos, los hombres vestidos con abrigo hasta los tobillos ya están en el claro y saltan de acá para allá, bajo una bóveda oscura. Allí el cielo sigue siendo Port nántik, el cielo negruzco primordial de los chamacocos donde todavía no había estrellas, todavía no había el Yetit carhi, el cielo estrellado. El gran mar que Čerwuiš atravesó con Frič lo ha llevado más allá del tiempo en que vivió cuando estaba entre su pueblo; lo ha devuelto a la época en que todavía no existían los dioses —o demonios, es lo mismo— Anabson del Gran Chaco.

Tal vez el claro circular, donde estos seres se agitan, sea el aviso, el anuncio del cielo amarillo de que el mundo está a punto de arquearse. Por esa razón, esos de ahí están tan alegres, saltan, bailan, ríen. Pero no se ríen de él, se da cuenta de inmediato. Es la primera vez, desde que cruzó el gran mar, que nadie se ríe de él. Ellos no lo miran como a una rareza, más aún, ni siquiera lo miran; lo ignoran lo mismo que a todos los demás sentados junto a él en la oscuridad, que, en cambio, los observan. Hasta entonces, en ese mundo al que le ha llevado su amigo, sólo los perros, los gatos y las gaviotas de río no se habían sorprendido, no le habían señalado con el dedo como si fuera un dios o un animal, en todo caso, no uno de ellos. Ni siquiera los niños, a decir verdad, se ocupaban apenas de él; a veces un poco sí, pero enseguida un gato o una pelota atraían su mirada a otra parte. El jaguar que en la jungla salta sobre el amigo sentado a su lado no se sorprende de que sea diferente de los tapires o de los osos hormigueros a los que

acecha. Le salta encima para comer, como siempre; si le sale mal, peor para él, puede suceder, tampoco eso le sorprenderá. Esos de allí, con sus saltos, no se ocupan de él, porque saben que él es uno de ellos, cada uno es uno de ellos, todos son parte de todos, para amarse, comerse, luchar, jugar, y nadie es extranjero en ninguna parte. Ésos, con sus abrigos largos, saltan, bailan, cantan cantilenas monótonas como las de los chamacocos, y ríen. A veces la selva donde él se sienta está llena de gente que ríe y bate las manos. Otras veces, en cambio, casi no hay nadie, pero a esos que hablan, cantan, saltan y bailan no les importa; es obvio, incluso a los niños, cuando juegan, no les importa si hay personas que los miran o no, juegan y basta, igual que los chamacocos cuando bailan para pedir que se levante Illa, el viento del norte del que se vale el gran Anabson Nemur, no hay nadie que los mire en la oscuridad de la selva y no sienten la necesidad de que nadie los mire y los apruebe.

Aquí todos hacen todo juntos. Los dos del abrigo largo dan palmas y saltan contra las paredes; en una ocasión, uno que parece el jefe y va a menudo a sentarse al lado de su amigo y a beber con él una cerveza tras otra, echa abajo sin querer una gran cortina oscura que cae sobre él y entonces se ve que detrás no hay una selva oscura, sino toda una confusión de cosas, sillas, cajas, telas, peor que las hamacas de su amigo, y a su lado otros miran, alguien intenta levantar la cortina que parecía el negro espeso de un bosque, otros saltan sobre los que antes cantaban y bailaban y los echan fuera de ese espacio oscuro, pero ellos vuelven a entrar como si nada hubiera sucedido y comienzan de nuevo a cantar o a hablar en voz alta, gesticulando, uno saca de su abrigo un cuchillo o algo parecido y lo hunde en la espalda de otro que grita y parece caer, pero no cae, está doblado hacia atrás como si se estuviera cayendo pero sin caer, habla y habla y habla y los que tiene cerca lloran, y, un poco más allá, o sea aquí, cerca de él, de él, Červíček, ríen, y finalmente aquél cae, pero luego se levanta y desaparece en el bosque. Trata de hacerlo sin que nadie lo vea, se nota enseguida, Čerwuiš sabe bien que el zorro huye escondiéndose y pasa desapercibido, sólo un ligerísimo susurro de hierbas altas que hasta un leve soplo de viento podría agitar, y también aquel hombre lo iba a conseguir, es capaz y ágil como un ciervo, aunque tiene una gran barriga, pero antes de esto, cuando levantaron otra vez el denso bosque, o sea la cortina caída, hicieron un gran agujero, un gran desgarrón luminoso por donde se ve todo, incluso al muerto que se escabulle, lo que no es demasiado extraño, los muertos nunca están quietos, deambulan por el bosque y entre las cortinas, a veces se ven y otras veces no.

Ahora allí en medio cantan y bailan y ríen, pero no de él, como tantas veces la gente por la calle. No se ríen de nadie, o de todos y de todo, incluso de sí mismos, y entonces pueden reírse también de él, él no se ofende, incluso los niños se ríen, pero por bondad, de felicidad. Alguien grita, todos gritan, uno que está bebiendo una enorme jarra de cerveza grita algo y un amigo suyo repite hupp cossack y los que están en el centro bailan todavía más salvajemente, van detrás de uno de ellos, es una caza, así cazan los chamacocos al Pitínno, el oso hormiguero. Hupp cossack, hupp cossack, y entonces Červíček se lanza al medio, no es justo tantos contra uno, también con los animales se combate según la ley, como su amigo con el jaguar. Le arrebató la lanza a uno, un cuchillo a otro, incluso tira a alguno al suelo y termina por tierra también él, y todo el mundo se ríe, pero alegres, amigos y felices, hasta el oso se ríe, entonces el hombretón que anda por allí con la jarra de cerveza se va también al medio y sujeta a uno de los cazadores por la chaqueta, le da la vuelta a los bolsillos y coge un puñado de monedas, los chamacocos no tiene monedas y por eso no engañan.

El oso, cansado, se sienta y se quita la piel, los otros cazadores se sientan a su lado, casi todos, dos o tres se quedan en el claro iluminado y llegan otros, también hay una mujer, se agarran a un cinturón, un extremo lo sostiene ella y el otro un hombre, debe de ser una ceremonia nupcial, muy similar a la de los chamacocos. Es lógico, ya que el matrimonio es lo mismo en todas partes y se terminan por hacer en todos los sitios las mismas cosas que gustan mucho a los hombres, a las mujeres, a los dioses e incluso a los animales de la selva. Červíček excitado salta de nuevo al medio; está feliz con el polvo, el olor de las axilas sudorosas, los pies descalzos. Los cuerpos tienen un buen olor, no hay que frotarlos con resina de guayaco perfumado o grasa de papiro o urucú rojo o nada, basta la piel y la vida y la fiesta para producir aquel olor fuerte y embriagador de bosque húmedo. La mujer es hermosa, dos papayas bajo una camisa blanca que sobresalen de la camisa cerrada por un botón, uno de esos botones que él es tan hábil en desprender de la ropa de la gente sin que la gente se dé cuenta, pero esa cara pálida con pómulos prominentes y labios marcados podría ser la luna tan amiga de los chamacocos, una luna no del todo llena por la boina oscura que esconde el pelo. Las mujeres aquí no tienen que mostrar su pelo, qué estupidez, pero durante la danza, en algún momento, la boina se cae y a nadie le importa, el largo cabello suelto se extiende sobre las mejillas y el cuello, una niebla ligera vela un pedazo de la luna, entre las dos mejillas ocultas, la boca pintada es una

sonrisa ávida e imperiosa, también Čerwuiš agarra el cinturón y gira en círculo.

Además de lo que escribió aquel sabio profesor, que Karel ridiculizaba declamando: «Dramático encuentro-desencuentro entre culturas diversas, el hombre —¿quién? ¿Červíček o un praguense cualquiera que lo ve en la calle?— pierde su identidad y su lugar en la vida en casa porque introduce en su visión del mundo elementos y valores que le son ajenos.» ¿Quién es ajeno a quién? Todos a todos, se entiende, es la vida, qué se le va a hacer, no la hemos inventado nosotros, pero esto vale para dos que nacen en la calle Židovská y frecuentan el mismo jéder, para dos que se casan en la catedral de San Vito o en el ayuntamiento, depende, cada uno tiene sus hechiceros preferidos cuando necesita una bendición.

Entre las personas que bailan, uno —debe de ser el hechicero de la tribu— se ha puesto una botella en la cabeza, los otros hacen lo mismo, sin dejar de bailar, casi en cuclillas en el suelo y agitando las piernas. Las botellas caen con estrépito, se rompen entre aplausos y canciones, arrastradas por el que acaba de llevarlas. Červíček se siente entre los chamacocos. Sólo hay un pequeño alboroto cuando mete la mano en el escote de la bailarina y le arranca el botón con destreza. Esto es otro invento de Karel, que conocía bien la manía de coleccionar botones de Čerwuiš, desprendiéndolos en un instante con un cuchillo o las manos. De hecho, es famoso el incidente con el general, de cuyo uniforme de gala arrancó un botón de oro sin que se diera cuenta, y es cierto que cuando quería quitar los botones de las blusas y faldas de las mujeres surgían a veces malentendidos. En cualquier caso, no con la señora de aquella noche, la famosa Tschissik, porque a ella, según Karel, se le había desprendido solo, y se lo había regalado a Čerwuiš. Sin embargo...

Allá, se oye decir, más allá del gran mar, en los bosques a los que ha vuelto Čerwuiš, hay guerra. Una de tantas. Junkers bolivianos y Potez paraguayos sobrevuelan la región y lanzan bombas como le ocurre a quién sabe quién, muchos o ninguno. Las descargan sobre las araucarias tropicales entre las que se agazapan los soldados, alcanzan no alcanzan arbustos y espaldas en llamas. Bolivia y Paraguay se disputan un pedazo de tierra, de selva, incluidos los jaguares, los chamacocos, los tumaná y los caduvei, obligados a morir para ser bolivianos o paraguayos sin saber lo que significa, pero bajo la selva hay petróleo, el mar negro de los Anabson. Todos desnudos, sudados e iguales bajo

las bombas, soldados e indios y mujeres que amamantan y paren bajo la lluvia de fuego. Bandadas de Osáseño, los pájaros de la lluvia, se abalanzan sobre los matojos, ahora son una nube, Täniyo, nubes negras revolotean en el cielo bajísimo, el negro de la nube se rasga y dientes enormes y blancos muerden y muelen lo que cae. Siempre es difícil distinguir una sangre de otra, la que sale del muñón y la que satura la placenta, no digamos la de un boliviano de la de un paraguayo, la de un chamacoco de la de un caduveo, la de Čerwuiš, si por casualidad está allí, de la de otro; él mismo no la distingue cuando, al apartarse de un enemigo que cae a tierra, la ve correr por su piel. Caen bombas, nubes de moscas verdes caen sobre los cuerpos, vivos y muertos; entran en las narices, abren cicatrices, hacen que algunas gotas de sangre broten hasta de los muertos; qué saben las moscas de sus víctimas, si están vivos o muertos, si son blancos o mestizos o indios. Quizá Čerwuiš haya muerto en la lluvia de fuego, es imposible saber dónde muere una lombriz que ha llegado al duodeno y dónde muere otro gusano en la selva y quién muere. Ni siquiera lo sabe él y tal vez no se dio cuenta de que moría, en aquel diluvio de fuego no ves la llama que ya te ha quemado.

El cañón de la pistola quema en manos del chamacoco que la aprieta y dispara porque le han dicho que dispare, las espinas de las chumberas y los duraznillos le penetran en la piel, pero no las siente; ¿quién combate contra quién, matar y morir por qué?

Desgarrados estandartes ondean al viento, avanza uno con franjas rojoamarilloverde, otras franjas relampaguean en el humo de los disparos, franjas rojoblancoazul. Los yakaverés se precipitan desde el cielo, clavan sus garras en la carne, olor de sangre o de guayacán, la sangre brota de la nariz y de la boca, Fuerte Boquerón ha caído y hay que recuperarlo, vencer por Paraguay, morir por Paraguay grita el Cacique blanco, Paraguay es un río y los Caciques antiguos de quienes se habla, como el legendario jugador de pelota Basebügü, conocedor de antiguas palabras, nunca dijeron que hubiera que hacer sacrificios por el río Paraguay. Las casacas rojoamarilloverde han pasado sobre muchos cadáveres nuestros, pero también las rojoblancoazul, que el gobierno nos ha hecho vestir, pasaban a menudo por encima de nuestros cadáveres, allí o en cualquier otra parte. Los Anabson quieren matarnos, todos son Anabson, se los reconoce por el di'oría, por los tobillos torcidos, su único punto vulnerable, pero, a fuerza de caminar y caminar por la selva con sus pies doblados hacia dentro para evitar las espinas y los insectos venenosos, todos los tobillos, los de los

chamacocos, los de los caduvei, los de los tumraha, los míos, están torcidos. Es el fin de los chacacocos, el fin del mundo; cada chacacoco se convierte en un Anabson antes de morir. Los hombres, si permaneciesen siempre como hombres, serían inmortales, pero la muerte es astuta, les convence de que ser Anabson, de que ser demonios, es más que ser hombres y así se convierten en demonios, que se fingen señores de la muerte, pero son sus esclavos.

Čurbit, el gran Cacique, se puso de acuerdo con el general Belaieff para atacar el Fortín Bogado, el páramo pantanoso que nadie debe cruzar, porque más allá es el final de todo, el pantano de la muerte. Čiří —el gran abuelo, el Padre que engendró a todos los chacacocos entrando en el vientre que lo parió también a él, en el vientre de Ešnuwarta, Gran Madre del mundo y de todos— anuncia el fin, el desgarramiento de ese vientre en el que estaba todo. Estallan y se disuelven también el cielo, el sol, la luna, las estrellas, las selvas, el jaguar que se aparee con nuestras mujeres, äku, y la Gran Madre se aparee con Osáseó, los pájaros de la lluvia.

El Fuerte Boquerón cae, ha caído. Oleadas sofocantes, el sol en las venas, dei-ć, el sol enemigo de los chacacocos. Ojalá en su lugar estuviese la buena luna, Šakuruku pálida, fresca palidez. Mejor aún sin la luna siquiera, antes teníamos miedo y bailábamos y gritábamos cuando la luna desaparecía tragada por la noche negra; jah!, si ahora todo estuviese negro como al principio del mundo, como cuando estaba allí dentro, en aquellas aguas oscuras y dulces, y todo el mundo estaba allí dentro en las aguas de Ešnuwarta. El Watirak, el iniciado, se pinta de rojo, de urucú, estoy todo rojo, Watirak rojo de sangre, ha llegado la hora. Sangre caliente, ardiente; sed, en la selva se bebe incluso sangre para saciar la sed, garganta en llamas, agua, no hay agua.

Ya no quedan chacacocos, ya no quedan tumraha todos contra todos, eyok-i-lo contra eyok, muchos de nosotros contra pocos de nosotros, contra mí. Lluvia de fuego, Pitínno se come todo el hormiguero, la Gran Madre extermina el mundo, lata touxa laabo, llama a los hijos, a todos los hijos, también yo, hijo, entro en una gran boca. Grandes dientes, un gran cactus en la boca de Tölöriti, las espinas se le clavan en el paladar, está hambriento de todo, hasta de los cactus, hasta de mí. Espinas, lanzas en mi pecho y en mi boca, un gran trueno en mi cabeza, muchas estrellas amarillas en mi cabeza, las estrellas explotan. Un gran fuego, una gran rosa roja estalla en el cielo negruzco, incluso en la gran ciudad sobre el gran mar había con frecuencia muchos grandes fuegos en el cielo. Flores jardines flechas se abren en el cielo como los círculos de una piedra

en el agua después el rojo se apaga todo es sólo cielo negro.

Sala n.º 7 – 7,5 cm PaK 40, Panzerabwehrkanone, muy adecuado para esa sala. Cañón antitanque del ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial, diseñado en 1939, construido por Rheinmetall-Börsig, listo en 1940 para hacer frente al tanque soviético T-34. Utilizado como armamento de Jagdpanzer y Sturmgeschütz. Peso 1,5 toneladas, longitud del cañón (una larga nariz obscena que parece lanzarse hacia delante como un proyectil) 3,7 metros; peso del proyectil 6,8 kilogramos, alcance máximo 7.680 metros, el ángulo de tiro 45; cureña de acero con doble cola separada y orejones traseros, dotación protegida por un pequeño escudo de láminas de acero. Buena capacidad de penetración de proyectiles a cierta distancia (perforación de 70 mm de acero a 2.000 metros), pero reducida movilidad táctica debido a su elevado peso; buen alcance pero trayectoria baja, capaz de superar solamente los obstáculos bajos; hizo blanco en muchos carros blindados, pero las ruedas bajas y estrechas de la cureña y el enorme peso hicieron que a menudo quedase empantanado en el frente oriental y fuese capturado por el Ejército Rojo, que lo usó contra el ejército alemán.

Un foco proyecta continuamente en la pared una página de su libreta n.º 15. Caligrafía ligeramente inclinada hacia la izquierda, picuda, en general legible. Las letras fluyen en rojo, desaparecen, vuelven. Tenía la manía de copiar todo, pensaba Luisa, también sus notas a mano, sin acudir casi nunca a fotocopias.

«7,5 cm PaK 40 contra el T-34, tiranosaurios contra brontosaurios, cocodrilos contra hipopótamos en la desembocadura del Zambeze, olas y salpicaduras de barro sanguinolento, los elefantes indios de Antíoco III de Siria cruzan los colmillos con los africanos de Ptolomeo IV Filopátor de Egipto, un cuerpo dirigido contra otro hasta que uno cede, se aparta a un lado, poco, pero suficiente para mostrar el costado a los colmillos del enemigo que lo ensartan y traspasan, paquidermos en fuga o por tierra, ruedan como rocas caídas de la

montaña. En esa ocasión son los elefantes asiáticos de Antíoco los que derrotan a los africanos de Ptolomeo, tal vez porque los elefantes gigantes de Kenia o de Costa de Marfil no han entrado en liza, probablemente son demasiado fuertes como para plegarse al hombre, para matar y morir por él. Subrayar que la guerra moderna se asemeja cada vez más a las terribles luchas prehistóricas, fortalezas volantes y dragones alados, pterodáctilos se lanzan sobre allosauros; reptiles acorazados, ictiosaurios en las marismas del cretácico superior, tanque en la selva, excavadoras gigantes destrozaron edificios como los dinosaurios en la película, monstruos marinos en los abismos, hace cientos de millones de años y hoy. Imposible, entonces y de nuevo ahora, cantar en las trincheras Tapim tapim tapim como nuestros padres y abuelos.

»La guerra se ha vuelto humana, porque salva al individuo, al soldado de infantería de la brigada Sassari, al Kaiserjäger, al marine, al partisano, al hoplita de ser protagonistas, responsables y, por tanto, víctimas. Las bombas atómicas y los gases tóxicos no apuntan al individuo, ni siquiera saben lo que es. Como los terremotos, las erupciones volcánicas, las sacudidas cuando la tierra era todavía joven; tal vez todavía demasiado joven para parir al hombre, un individuo específico que se cree destinado a morir. El resto —las especies, los continentes, los bosques, las ciudades, los glaciares— se destroza, se transforma, se desmantela, se muda, monstruosos e inmortales mutantes. Maraña enorme de serpientes que se enredan, se aparean y se funden todas juntas.»

En una pantalla la imagen de una gran medusa, los órganos individuales iluminados con luz intermitente. Medusa Physalia physalis o carabela portuguesa (filo cnidarios o celentéreos). Parece un único organismo, pero es un colectivo de pólipos especializados en varias funciones: uno procura la comida a toda la colonia, otro la defiende, otro provee al mecanismo de su asimilación. Dotada de un flotador lleno de gas, regulado por la profundidad, y de tentáculos de 10 a 50 metros de longitud cuyas vesículas disparan sobre la presa un arpón equipado con un tubo que inyecta un veneno altamente tóxico. Tanque subacuático muy movedizo.

«¿El Yo humano», continúa él, ahora desde una pantalla, «es un individuo o millones de células registradas todas juntas con el mismo nombre en el registro civil? Si es ninguno o todos, no puede morir. ¿Cuándo unos pocos granos de arroz esparcidos por el suelo se convierten, puñado a puñado, en un montón de arroz? ¿Y cuándo unos pocos millones o miles de millones de células se convierten en Yo? Este último existe porque muchas de sus células, mucho de sí

mismo, muere de continuo. La muerte, lo dicen también los sacerdotes, pero sin entender lo que dicen, es el nacimiento. Así pues la guerra es el parto de la humanidad, el dedo de Dios que extrae a Adán del barro.

»Necesidad, bondad de la guerra. Como en otra época se domaban y se utilizaban caballos y elefantes, mañana se dominarán los cráteres volcánicos para que eructen a voluntad sobre el enemigo enterrándolo bajo océanos de lava ardiente, o se aprenderá a remover las fallas en las entrañas de la tierra para provocar terremotos y maremotos. Apocalipsis al alcance de todos. Este pobre 7,5 cm PaK 40 la tomaba incluso con un par de pobres diablos encerrados en un carro armado... Y con el T-34, por otra parte, hicieron un papel muy pobre. ¡Ah, si yo pudiera tener uno! Ése sí que sería el rey del Museo, el *Tyrannosaurus rex*, el predecesor de todos los carros construidos a partir de 1945, rey de las estepas donde rompió los huesos a los alemanes. Por desgracia tengo que conformarme con una fotografía. Bueno, al menos haré una gigantografía...»

La gran fotografía del T-34, que lo muestra de frente, se asemeja a la de un enorme paquidermo que impide el paso a una inmensa llanura detrás de él. 26 toneladas. Cañón de 76,2 mm de largo, calibre 40, capaz de perforar fácilmente cualquier blindaje de los carros alemanes de ataque en la Operación Barbarroja, la invasión de la Unión Soviética, e inasequible para las bocas de fuego de esos carros. Motor diésel de 12 cilindros en V que reduce la posibilidad de incendio y permite velocidades en el campo de batalla hasta entonces desconocidas para los tanques, 55 kilómetros por hora. Orugas muy anchas (55 centímetros) —zarpas mastodónticas de gigantes prehistóricos— que le permiten moverse en la nieve y en el barro sin hundirse. Prehistoria del futuro, el hombre que regresa pequeño entre los mamuts contruidos por sus manos y cada vez más rebeldes y desobedientes al cornac que los azuza sentado en sus cabezas.

«Bondad, providencia de la máquina que sustituye al hombre, salvándolo en lugar de destruirlo como en tantas fábulas estúpidas. Es el T-34 que salva a la Gran Madre Rusia, cuando los nazis la atacan en 1941 y se encuentran frente a un ejército casi sin generales, a los que Stalin había fusilado, y militarmente confuso y atrasado, porque el dinosaurio del Kremlin había proscrito los principios estratégicos que había establecido de forma genial el mariscal Tujachevski, al que lleva al paredón por su genio y prohíbe la formación de grandes unidades blindadas que el mariscal deseaba, de modo que los alemanes penetran al principio en Rusia como cuchillos en la mantequilla, arrollan al ejército, toman ciudades y después de cada atentado fusilan a cien rehenes por cada uno de sus hombres caído en una emboscada, hasta que se estrellan contra la gruesa pero movediza muralla de los T-34 (53.000 ejemplares, a lo largo de la guerra, después de la batalla de Kursk se potenciaron con cañones de 85 mm y blindajes aún más compactos). Una muralla china hecha de cañones; grandes

elefantes como torres de Babel en el tablero de ajedrez pero veloces, fulminantes al infiltrarse para separar los cañones blindados enemigos de la infantería que avanza tras ellos y aíslan así los vehículos acorazados alemanes, incluso los Tiger y los Panther, obligándolos a detenerse e hiriendo de muerte el Blitzkrieg del Führer. Ese T-34 me parece la imagen de la gran Rusia, vulnerable e invencible, paciente y doliente, el país donde las carreteras que conducen a Moscú, para quien las recorre con el fin de destruirla, pasan por Poltava, por Berézina, por Stalingrado... Es cierto, a menudo me siento alemán, cierto, más alemán que eslavo, sobre todo en Trieste, pero...»

Sala n.º 23 – Una estantería sujeta a la pared; libros en posición vertical, en diagonal o en horizontal, de modo que quede a la vista sólo el lomo con el título. Colocadas aquí y allá, entre los libros —bien visibles e iluminadas, en algunos casos ampliadas— fichas con citas de su puño y letra en diversos colores, similares a los soldados-naipes de *Alicia en el país de las maravillas*.

Sun Tzu, *El arte de la guerra* (siglos VI-V a. C.). «Dirigir el destino de tu enemigo. Someterlo sin combatirlo. Las tropas deben asemejarse al agua, que cae de la parte alta y se recoge en la parte baja, evitar los puntos fuertes y concentrarse en los vacíos.» Añadido de su mano: «¿Acero o agua? Cuando llega la crecida de un río, ¿diques para contenerlo o canales para que fluya?»

Flavio Vegezio, *Epitoma rei militaris* (finales del siglo IV). «Acciones por sorpresa que causan graves pérdidas al adversario y, ciertamente, terror, pero sin poner en riesgo la vida de los propios soldados...»

Raimondo Montecuccoli, *Tratado de la guerra* (1641) y *Sobre la guerra con el Turco en Hungría* (1670). «Que nunca luche todo el ejército a la vez...» Nota de su propia mano: «El primero en entender la importancia de los comandos, de las acciones terroristas, el nuevo Maquiavelo. El “Escorial animado”, como le llamaban, maestro de Napoleón, pero también de los partisanos noruegos y de los terroristas.»

Un estante ocupado sólo por dos libros, de forma destacada. Carl von Clausewitz, *Vom Kriege* (1832-1837), y Mao Tse-tung, *La guerra revolucionaria* (1936-1938). «Tal vez nadie como ellos dos ha entendido que la guerra es la totalidad, el vínculo más estrecho de lo particular con lo universal; cada soldado en marcha y cada guerrillero en la selva a la espera de abrir fuego como partes orgánicas del Todo. Kultur, Tao. El Todo es el Vacío de la vida donde se sitúa todo. Para entender la guerra y por tanto para ganarla hay que

conocer todo lo que confluye en la guerra, o sea, todo, los salarios, la publicidad en televisión, la curva de matrimonios, divorcios y violaciones, las comidas en familia, los cuentos de hadas de la abuela, la fraternidad que se crea sólo en la guerra, el compañero a tu lado —tu hermano más que tus hijos, tu padre y tu madre, por él haces lo que nunca harías por ellos, volver atrás bajo el fuego para arrastrarlo herido a la trinchera.

»Sí, la muerte, de acuerdo, pero la fraternidad en la muerte, todos iguales en la muerte y, por tanto, todos hermanos.» *Se enciende una música en la sala.* «Cimitero di noi soldà / forse un giorno ti vengo a trovare / tapìm tapìm tapùum / tapìm tapìm tapùuum...»

«Cada muerte es una celebración de la dialéctica, Mao Tse-tung. Flor que muere en el fruto, flor que muriendo da fruto. Guerra, furia del desaparecer. Todo es eterno ante los ojos de Dios —¿recuerda, doctora Brooks? Estoy seguro de que leerá esta hoja—, amarlo en mí, en este instante... Es la muerte la que hace del instante una vida, cada instante es vivo y eterno como lo que lo destruye; ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum. El general Giap bloquea a la guarnición francesa y la deja fuera de combate con ataques frontales que rompen todas las reglas estratégicas, pocos años más tarde pondrá de rodillas a la mayor potencia que jamás había existido... La guerra es democrática, igualitaria; derriba los grandes cedros del Líbano erguidos y orgullosos, convencidos de serlo para siempre... El Señor, Dios de los ejércitos, o sea del universo, como ahora prefieren decir los sacerdotes. Guerra total, decía el general Ludendorff, pero sólo porque la vida es total. El pez come el gusano, el pescador pesca el pez, ácidos disuelven la grasa en el estómago de los que han comido el pescado, quien come el pescado pronto será como el gusano. La guerra es Kultur, la Kultur muere y da fruto en la guerra.»

Sir Basil Liddell Hart: «El estudio de la guerra, considerado como una rama del conocimiento, requiere el método de trabajo que se sigue en la universidad, así como la actitud mental que allí se inculca» (*The Ghost of Napoleon*, 1933).

«Filosofía de la guerra blindada, Tank Philosophy» (Archivo Luraghi).

Gregor von Rezzori, *Un armiño en Chernopol* (1958). Metamorfosis de la imagen de la guerra hermosa. De las filas ordenadas y perfectas de los desfiles y marchas al caos descompuesto de la batalla a las filas otra vez ordenadas y perfectas de las tumbas en los cementerios.

Stefano Jacomuzzi, *Waterloo: l'epopea impossibile?*, manuscrito s.d. ¿La batalla es el caos o la geometría? Las formaciones cuadradas y las cargas en *Los*

miserables o en *Los cien días* de Joseph Roth, las muertes y masacres ordenadas como los uniformes. Todo encaja. Tanto en *La cartuja de Parma* como en Little Big Horn en los recuerdos de Alce Negro, se conquista sin reparar en una granja, nos paramos a comer mientras los enemigos pasan cerca para atacar o escapar. Thackeray, *La feria de las vanidades*: fragmentos inconexos de noticias llegan a la ciudad desde el frente, los que llegan los últimos son anteriores a los que se han perdido en el camino y que anuncian lo contrario. En El Alamein, Ottavio Missoni, enviado a reparar un teléfono en un búnker en medio del fuego, vuelve a las líneas italianas; ve un tanque: «Come on, come on», grita el soldado desde la torreta. «¿Por qué hablas inglés, imbécil?», responde él, que no ha visto el uniforme. Cuando el otro le apunta con una ametralladora, levanta las manos: «Imbécil yo...»

Era sin duda una imperdonable falta profesional, Luisa era consciente de ello, pero, presa de un repentino impulso de simpatía por él y por aquella rabia que lo invadía, no pudo dejar de añadir indebidamente en la parte de abajo del papel, imitando lo mejor posible su caligrafía —una verdadera falsificación—, dos frases de Sun Tzu que él había escrito pero luego había borrado de un plumazo: «No elogiar la victoria. No amar la guerra.»